

¡AL CAMPO!

Comedia de costumbres nacionales, en tres actos
y en prosa, original

DE

NICOLÁS GRANADA

REPRESENTADA

POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO APOLO

POR LA COMPAÑÍA PODESTÁ HERMANOS, EN LA NOCHE

DEL 26 DE SEPTIEMBRE DE 1902



BUENOS AIRES

Imprenta BORZONE, Balcarce 371

1902

-

**NOTA - El autor se reserva los derechos de representación y de reimpre-
sión de esta obra, cuyos ejemplares
llevarán el sello que va enseguida,
siendo dolosos los que no lo contengan.**



REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

GILBERTA (18 años) hija de	Sta. LEA CONTI
D ^a FORTUNATA (50 años)	Sra. MARÍA MUEZ
DOLORES (20 años) viuda coqueta y elegante	Sta. HERMINIA MANCINI
MAMERTA, negra sirvienta	„ ROSA SANTILLAN
UNA MODISTA FRANCESA (15 años)	„ M. TERESA BORDA
DOS SEÑORITAS MELLIZAS	„ ESTER Y EBE PODESTÁ
DON INDALECIO (58 años) paisano, estanciero, padre de Gilberta y esposo de D ^a Fortunata.	Sr. PABLO PODESTÁ
DON TIMOTEO (60 años) hombre de campo, padre de	„ U. TORTEROLO
GABRIEL (25 años) joven campesino	„ JOSÉ J. PODESTÁ
FERNANDEZ (30 años) titulado pedagogo.	„ ANTONIO PODESTÁ
PALEMÓN (25 años) titulado periodista	„ JOSÉ PETRAY
SANTIAGO (criado gallego)	„ A. DE NAVA
UN COMISARIO	„ JUAN FARIAS
UN SARGENTO DE POLICÍA	„ GUIDO PIOTTI
HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS CAMPESINOS	

La acción pasa en la República Argentina. Los dos primeros actos en la Capital Federal, y el último en una estancia de la Provincia de Buenos Aires.

ÉPOCA ACTUAL

¡AL CAMPO!

ACTO PRIMERO

Saloncito vistosamente amueblado, con un lujo brillante, pero de mal gusto.

A la izquierda del espectador, una mesa con tapete y recado de escribir.

Puerta al foro, comunicando con una galería que dá acceso al patio, comedor, otras habitaciones, y el exterior.

A la derecha (del espectador) puerta que comunica con el salón.

A la izquierda, dos puertas: la del primer término, pertenece á las habitaciones de D. Indalecio, y la del segundo á la de su mujer. Es de día.

ESCENA I

(D. Indalecio, en traje de hombre de campo, sentado junto á la mesa. Una oficiala de modista, francesa, con varias cajas de sombreros de señora).

D. IND. Bueno, niña: mire.... dígale á su patrona, la madama esa, que le aflueje la prima á la guitarra... ¿eh?... que el tiempo anda malo y se le puede cortar, chaguareándole los dedos...

Que aquí, mi mujer y mi hija ya tienen más cintajos, plumachos, y lentejuelas, que un circo e pruebistas... y que yo nome sacao callo ande usted sabe, trabajando día y noche en el rodeo sobre el mancarrón, pa q' ellas anden como pandorgas, coliendo pu esas calles, pa con-

tentar á los cajetillas mujerengos, y dar celos á las que pujan y no pueden.

MOD. Perdón monsieur, pero yo no tieng la culp...

D. IND. Si; ya sé que V. no es más que la acarriadora...
¿Cuántos capachos desos ha traído en el mes?

MOD. ¿Capachos?

INDAL. Güeno; esas cosas pa la cabeza.

MOD. ¡Ah! seis, monsieur...

INDAL. ¿No le digo? Pues yo tengo uno hace seis años... y sino fuera porque al fin... no vale la pena andar en custiones, y menos por cosas de la cabeza, con las mujeres, ya estaban frescas ellas que yo miba á poner esa media sándia con que se les ha puesto me de disfrazar de gringo en la ciudá.

Güeno; pongalé el recibo ahí... y ya sabe, ¿eh?... Si van por más fatura... jueguenlé risa, que no esta el horno pa bollos.

Estive ahí los bultos esos.

MOD. Merci monsieur... La otr companier viendrá lueg á probar los vestids de las senioras.

IND. ¡Otros!

MOD. Si, monsieur... Los vestids de concert.

IND. ¿De qué?

MOD. De musique.

IND. ¡Vestidos pa tocar la música! ¡Están locas! Eso ha de ser cosa del nápoles ese, que le hace hacer gárgaras cantadas á mi hija, que se le ha puesto ques silguero y está tuito el día: ja-ja-ja-ji-ji-ji... y después se le agacha en no sé qué lengua á quejarse á gritos.

¡Nó!... ¡Si esto anda fierazo! ¿Y pa eso hay tamién que disfrazarse?

Pero y mi mujer ¿á qué laya de música se le va á agachar?

MOD. Elia com mamá acompañ á la señorit.

IND. ¿Acompaña?... ¡Cosa bárbara!

MOD. Si, senior... A la kermesse, á la soirée.

IND. Pero ¿y con qué se toca eso?

MOD. La fiest...

IND. ¡Ah!... ¡Vamos!... ¡Sí!... A la trilla ésa pa los los pobres...

Buono; no se olvide ¿eh?... Se acabó la boleada.
Adiosito joven.

MOD. A tantó...

IND. Nó; el tanteo nó... mire que va en deveras...
digale así á su patrona... *(váse la modista por el
foro, al mismo tiempo que entra Santiago muy
afanoso).*

ESCENA II

DON INDALECIO Y SANTIAGO

IND. ¡Ché, ché, ché! ¡Sotrená el pingo! ¡No ves
que casi te llevás por delante á la gringuita!
¿Qué hay?

SANT. *(presentándole una tarjeta)* Este señor que pre-
junta por las señoras.

IND. ¡Pero alma de cántaro! ¿No sabés que andan
á monte dende la mañanita?

SANT. Vd. dispense. Nu lu sabía. Que nu esta-
ban en casa, esu sí; pero que estuviran en el
monte... Si Vd. quiere que se lu diga...

IND. ¡Eh! ¡Quietos los cimientos!
¿Qué le dijistes? Vamos á ver.

SANT. Que nu habia naides. Que estaba Vd. tan
sulu.

IND. ¿Y no le dijistes que estabas vos también?

SANT. Me se olvidó... pero voy á decirselu, si Vd.
justa.

IND. ¡Alto el fuego!

SANT. *(asustado)* ¿Fuejo? ¿Dunde? ¡Canastos!

IND. ¡Dejáte e paviar!... Mirá: decile á ese indi-
vido, que si es cosa de priesa, á mi mujer y
mi hija las encuentra más seguro en lo de
alguna madama ó en las tiendas, que en
casa, á no ser á la hora en que se acuestan,
ó churrasquean, ó cuando mi mujer se hace
apretar la cincha con vos y la negra cocinera,
ó cuando mi hija se vuelve calandria y le me-
nudea los ji-ji-ji...

ESCENA III

Dichos y FERNÁNDEZ (toro)

- FER. Con permiso de Vd.
IND. Apiese si gusta.
FER. Me he tomado la libertad...
IND. ¡Ha hecho bien amigazo! Aquí la libertad es lo mismo que mancarrón orejano: tuito el mundo la ensilla... Dentre no más.
SANT. (*ap. á D. Indalecio*) ¿Le dijo que estoy yo también, y lo de la calandria?
IND. (*id á Santiago*) ¡Nó, hombre! Eso es pa cuando se vaya.
SANT. Está bien. (*Toma participación familiar en toda la escena*).
FERN. Pues... el portero.
IND. ¿El potrero?
FERN. Digo... el...
IND. ¡Ah!... el gallego... sí...
FERN. Le habrá entregado á Vd. una tarjeta, razón por la cual excuso declinar ante Vd. mi nombre y título.
IND. (*ap.*) (Ya me boleó á lo avestruz, po el cogote). (*alto*) Ah! ¡sí! ¡Cómo nó! Ya me enteré de tuito... Si es muy ladinazo el farruco éste.
FERN. Pues... (*aparte*) (parece un infeliz; el golpe es seguro).
IND. ¿Qué decía?
FERN. Que como el acto filantrópico que proyectamos, siguiendo los impulsos altruistas de nuestro espíritu, ha llegado ya á provocar...
IND. (*ap.*) (¡Pucha qué puerco!)
FERN. ¿Decía Vd.?
IND. Nada; siga no más.
FERN. Ha llegado á provocar en la alta sociedad una verdadera explosión de entusiasmo, cuya febril aljidez se nota de una manera evidente en las manifestaciones, no tan solamente del periodismo, sino también en las empeñosas y múltiples sollicitaciones con que los presuntos concurrentes, obsesionan á los que tenemos, dentro de la practicabilidad de la idea, un papel dirijente.
IND. Mire, doctor...

- FERN.** Perdón, perdón... Me confunde Vd... No son las borlas científicas las que decoran..
- IND.** Bueno; dejemos las borlas quietas... Mire... voy á mandar llamar el boticario de la esquina... ese que le vende las pildoras á Fortunata, pa que se entiendan mejor... Entre doctores...
- FERN.** Perdón, perdón... Creía haber manifestado á Vd... Me honraria sumamente con serlo...
- IND.** Pero y entonces ¿qué diantres es Vd.?
- FERN.** Soy pedagogo.
- IND.** ¿Eh?
- FERN.** Manuel Fernández...¿No ve Vd. la tarjeta?... Manuel Fernández, pedagogo.
- IND.** ¿No dije? Si por ahí había de andar la cosa... Pues bueno: mi mujer que padece de eso que nosotros le llamamos empastatura, anda la pobre media sofocada... y como aura lea dao por armar velorios pa los pobres...
- FER.** Con perdón de Vd...Festivales, festivales....
- D. IND.** ¡Ah!¿También anda dando vales por ahí?... ¿No le digo? ¡Si me va á arruinar! Eso si: lo que es yo, no los pago, amigo perrodogo.....
- FER.** Pedagogo, pedagogo.....
- D. IND.** Güeno; pero es más lindo y más decente ansina.....
- Yo no se quien les ha metido en el mate esos malambos.
- A veces creo que la viudita Dolores, ¿la conoce? ¡Buen bocaio, amigazo, pero ansina, medio mojadora de oreja.... porque en cuanto á las mellizas.... ¡diande!.. ¡Pero es cosa fiera!... Mire, don: cuando nos casamos, yo era capataz del dijunto Cascallares,—¡Anima bendita!... Siéntese si gusta.... (*Se sientan. Santiago lo hace también con la mayor llanexa; interviene en el diálogo, ofrece cigarros, etc. Se deja al talento del actor, su intervención ocurrente en esta escena*), y sin ofender á naidés, creo que en todo el pago no había mozo que le llegase al fiador á Endalecio Piedra Cueva, su servidor, ansina pa trabajar en el rodeo, como en el corral, y ya juese

pa domar potros, como pa atar novillos al arao ó la rastra, y lo mesmo redomonearlos pal pértigo, ó la cuarta, que pa surquiar un campo de trigo ó pa melguiar una chacra de maíz.

¿Quién le alambró los potreros á don José?

¿Quién le techó con paja brava los galpones grandes pa guardar la lana y los animales finos, antes que vinieran los gringos con las latas?

¿Quién l' hizo el tajamar del bebedero en la cañada é la vieja?

¿Quién le limpió los jagueles atoraos del puesto é la patrona? . . . (*interrumpiéndose y dirigiéndose á Santiago*). ¡Ché! Galicia: decíle á Mamerta que acarree un cimarrón. . . . (*va á salir Santiago y le grita:*) Mirá. . . ¡que no vaya á quemar la yerba! . . . (*vãse Santiago por el foro*).

ESCENA IV

(Los mismos menos SANTIAGO, prosigue D. INDALECIO)

D. IND. Y no creiga amigazo que por que juera hombre de trabajo, no juera capaz también de hacer llorar temblando las cuerdas de una guitarra. . . y que cuando unos ojos criollos de esos negrazos con lucecitas adentro, como pozo de balde profundo, se me dentaban de golpe como policía en busca de matrero, y me asustaban el corazón que se mataba á golpes como redomón ensillao en el suelo, no juera capaz de echarme el sombrero y el alma á la nunca, y medio mamao con esa bebida que le dan á uno dende lejos las mujeres, cuando lo miran con malicia y se ráin, largára sin sentir un triste campero, de esos que se aprienden al anochecer en las cuchillas, cuando uno camina solo, sin saber pande, y el trebol pisao, y el vientito tibio, y el bichito de luz en los pastos, y los silbadores allá arriba, y los fagonazos del calor ande el cielo se junta con la tierra, le dicen á uno cosas que no se pueden repetir después, sino cantando ó llorando, que es lo mesmo.

FER. Eso es lo que en lenguaje poético, designamos con el nombre de «fantaseo».

D. IND. Güeno. . . . Ansina será. . . .

Ella . . . Fortunata, era la hija única de don Bartolo, el pulpero del «Paso de los Chanchos». No créiga, don, que entonces era como hoy día, aguachada y media lunanca como madrina de matungos de pisadero . . .

¡Diande!

Entonces parecía una mata de sauco florida, entre el tunal de las mozas del pago.

Me acuerdo, como si juera aura, el primer gato con relación que bailamos, cuando yo le andaba arrastrando el ala . . . Me le paré ansina, y le dije, componiéndome el pecho y levantándome el pelo:

(La negra Mamerta con el mate, entra y se detiene frente a don Indalecio. Este se le dirige, diciéndole:

Blanca paloma nevada,
Boca de clavel punzó;
Si vos me diéras un beso,
¿Que no te daría yo?

Y ya me la juí encima . . .

Que vení

Que vení . . .

(Arremete bailando a la negra, la cual le hace un revoloteo de gato y sigue a saltitos perseguida por don Indalecio. En ese momento aparece en la puerta del foro doña Fortunata, acompañada de su hija y sus amigas, demostrando todas un gran estupor).

ESCENA V

Dichos, doña FORTUNATA, GILBERTA, LAS MELLIZAS,
PALEMON, SANTIAGO.

FORT. ¡Qué es esto Indalecio! ¡Qué escándalo! ¡Te has vuelto loco? . . . Y vos, cuervo . . . ¡Qué estás haciendo?

D. IND. ¡Nos pisó el tren!

GILB. ¡Pero papá! . . .

D. IND. Ya t' heí dicho que no quiero que me llamés padre en gringo.

FORT. Sos un hombre imposible . . . Debias estar siempre incónito . . .

D. IND. Ché, ché, ché . . . ¡No tentrés al patio!

FORT. Ustedes dispensen... ¡Viarazas!.. ¡Tiene un genio!

Siéntense, muchachas (*á las mellixas*).

(*A Fernandez, saludándole*) Señor...

FERN. (*Id*) Señora, (*aparte*) (Esto es pan comido).

FORT. (*A don Indalecio*) ¿Quién es este señor?

D. IND. ¡Qué se yo! De tu comparsa...

FORT. Entre Vd., entre Vd. Palemoncito.

(*A don Indalecio, aparte*) Andá á vestirte... (*Por el poncho*) ¡Esto es indecente!

D. IND. ¿Cómo indecente?.. Un ponchillo é vicuña que ya lo quisiera Roca pa un día de fiesta!.. Más indecente estabas vos anoche, con la pechuga al aire, tuita llena de harina, cuando fuistes al baile.

GILB. ¡Tatita!

FORT. ¿No ves las insolencias? ¿No dice que me echo harina, cuando son polvos de Roger ecétera Gallette? Anda á ponerte vos el sobretodo aunque sea.

GILB. Sí, tatita... Hágalo por mí.

D. IND. Güeno hombre... ¿No ven muchachas?... Me echan, cuando yo iba á envitarlas pa un melambo.....

1ª ME. ¡Qué ocurrencia!

2ª ID. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! (*se abanicán*).

IND. Amigo don Palomón... Se las recomiendo ¿eh? Ha de ser lindo casarse con una melliza, porque ha de ser fácil equivocarse.

FORT. ¡Indalecio!

GILB. ¡Tatita!

FERN.)
PALE.) ¡Bravo! ¡Bravo!

1ª ME. ¡Qué ocurrencia!

2ª ID. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! (*se abanicán*).

D. IND. ¡Bah! Ya me están haciendo auterías. Güeno.. Amigo perrodogo (*á Fernandez*) Ya Vd. habrá caído en la cuenta de que este pica-flor es la patrona ¿eh?

FORT. ¡Qué grosero!

D. IND. Y esta la cría... ¡Sáquele lo desaparejo!
No hay paqué mosquear por eso... Güeno...
Aura voy á vestirme de inglés pa darles gusto,

y vuelvo enseguidita (*A Fernandex*) pa que me entere de eso de los vales...

(*A Mamerta*) Llévame el mate adentro, «Blanca paloma nevada»...

(*á doña Fortunata*) ¡...cha! que habías sido grosera! ¡Decirle «cuervo» delante de la gente!....

¡Las hecho poner colorada!

SANTG. ¿Puedu retirarme?

D. IND. ¿Y quién te ha mandao estar de plantón? Veni conmigo pa que me ayudés á ensillarme (*Vánse izquierda, primer término, don Indalecio y Santiago. Mamerta váse por el foro*)

ESCENA VI

Dichos menos D. INDALECIO, SANTIAGO y MAMERTA,
que intervienen al fin de la escena

Palemón habla aparte, muy expresivamente, con Gilberta que lo escucha indiferente.

FORT. ¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡No puede con su temperatura!....

¡Qué habrá dicho Vd. señor... y ustedes!

1ª ME. ¡Qué ocurrencia!

2ª ID. ¡Jesús, qué ocurrencia! (*Se abanicán*)

FERN. Ensayaba....

FORT. ¡Como!

FERN. Me demostraba prácticamente, la manera cómo....

FORT. ¡Ah! ¡Eso es muchachas! Como en la junción que vamos á dar, en uno de los números mostraremos el gato...

FERN. ¡Cómo, señora! ¿Van Vds. á mostrar...

FORT. Sí señor; lo mismo que se lo han mostrao á la raina d' Italia y al ray de no se donde, con una linterna, en inyecciones luminosas.

FER. ¡Ah! ¡Vamos!..

FORT. Y como Indalecio ha sido siempre tan encarnizado pal gato...

FERN. Ya... ya se ve...

FORT. ¿No ha oido V. Palemoncito? Indalecio, le daba al señor...

PALE. Sí, sí... ya he oido... unas inyecciones...

- FERN. ¡A mí!.. ¡No señor! A mí no me daba nada.
¡Caramba!
- FORT. No... Le mostraba solamente...
- PALE. ¡Ah! Bueno; es lo mismo (*Sigue hablando con Gilberta*).
- FORT. Van á ver Vds. muchachas... Va á ser una junción muy linda, porque vamos á tener: versos reclamaos, sainete de música y sarcófago con eléctrica.
- FERN. ¡Estupendo!
- FORT. ¡Ah! No se si habrá eso también, porque me dijo Chauchini, que es el que le hace hacer las escaleras cantadas á Gilberta, que nos iba á asustar en medio de la junción.
- FERN. Que es cuando le sucedió el percance del ratón á Mariquita.
- GILB. (*Que hace rato está impaciente oyendo los disparates de su madre*) Una sorpresa, mamá.
- FERR. Bueno; pues es lo mismo, una sorpresa y un susto.
Así nacistes vos... que casi sos un malogro...
Figúrense Vds., que estando yo al cair, se le antoja á Indalacio meterme un chancho en el cuarto á oscuras...
- GILB. Bueno, mamá...
- FORT. Estas son de confianza y no se han de asustar.....
- 1ª ME. ¡Qué ocurrencia!
- 2ª ID. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! (*Se abanicán*).
- FORT. Y en cuanto al señor.... ¿Es usted de los cómicos? Porque mis hijitas: van á haber títeres también....
- FERN. (*Con dignidad y como ofendido*). Señora.... Yo soy el encargado del número único.... del número prospecto.... base de la propaganda en pró de la sublime idea del «Asilo Maternal Cooperativo», idea sostenida y al fin impuesta triunfalmente por uno de los mas originales y potentes ingenios de nuestro parlamento, (*todos hablan aparte sin escucharle*) á despecho de las miserables rémoras del oscurantismo, que hacía oposición egoísta é hipócrita á las generosas expansiones de la maternidad li-

bérrima, de la pruralidad prolífica, establecida como super-ley por el primero de los códigos de origen divino, aplicada al progreso demográfico y etnológico del planeta. (*Aplauden todos al final*).

PAL. (*Entusiasmado*) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Archi-bravo!

FORT. ¡Qué bien hablan estos extranjeros! ¡No es verdad muchachas? (*á las mellizas*). Velay: uno de estos les convendría á ustedes.

1ª MELL. ¡Qué ocurrencia!

2ª ID. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! (*se abanicán*).

PAL. Me tiene Vd. á su lado, señor de....

FERN. Fernandez.

PAL. (*Le estrecha la mano*). Señor de Fernandez. Yo no me ocupo de la maternidad ó sus atinjen-
cias, sino á ratos perdidos.... Es decir.... pe-
ro. veo que nos etenderemos.... El ambiente
no puede ser mas propicio.... ¿Está usted?.....

FERN. ¡Veo que tiene Vd. ojo clínico!..

FORT. ¡Ay! ¡Ya se agarraron en inglés! Muchachas;
pa nosotras, esto es como soda en ayunas. De-
jémoslos alegar mano á mano, y vamos á ver
si madama Pechigrás nos mandó los sombre-
ros.

GILB. Deben de ser estos, mamá.

FORT. ¡Ay! Es verdá.... ¡Pero qué bruto ese Santi-
go!.... ¿Y la breva de Mamerta?.... Y el
muy.... ¿Cómo no han dicho nada?....

¡Estos son! ¡Estos son! ¡Vean qué bonitos, mu-
chachas! Pruébenselos ustedes....

1ª MELL. ¡Qué ocurrencia! (*negándose*).

2ª ID. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! (*se abanicán*).

FORT. Todo por mi gusto. Esta decía: «Mamá: no se
haga Vd. sombrero, y sobre todo, de esa forma
tan llamadora.

GILB. Llamativa, mamá.

FORT. Bueno; es lo mismo. «Este es un sombrero pa-
ra muchachá jóven. ¡La van á descueriar!»
Pero á mí, cuando se me mete una cosa... Asi
le dije á Madama Pechigrás: «Lo quiero, con
paloma moribunda, coronita de rosas montone-
ras, y rodetera de gasa con flecos... ¿No ven?»

¡Es una monada! A ustedes les quedaría pintao al ólio...

1ª MELL. ¡Qué ocurrencia!

2ª ID. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! (*Se abanicán*).

FORT. (*á Palemón que conversa animadamente con Fernandex*) ¿Ha visto usted Palemoncito? ¡Usted que tiene tan buen gusto!

PAL. ¿Qué es eso, señora?

FORT. Mi sombrero; el sombrero que me acaba de hacer Madama Pechigrás.

PAL. (Lo había tomado por un postre). Magnífico, señora!—Se diría.... el Espiritu Santo, anidando sobre la corona de Santa Rosa de Lima.

FORT. ¡Todo inventao por mí! Los vamos á extrenar mañana, en el clericó que dan las de Fortegato.

FERN. Y PAL. ¿Cómo?

GILB. *Five-o-clock*, mamita.

FORT. ¡Bah! es lo mismo....

FERN. Y.... perdone usted señora.... ¿Eso es para la cabeza?

FORT. (*picada*). No señor: es pal estómago.

1ª MELL. ¡Qué ocurrencia!

2ª ID. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! (*se abanicán*).

FORT. ¿Y los vestidos?..... ¿No han traído los.....
¡Santiago! (*toca el timbre y grita*) ¡Santiago!....
Que hombre tan pesao (*timbre*) ¡Santiago!

SANT. (*entra calmosamente, ixquierda*) ¡Aquí está un pedazu!

FORT. Pero ¿porqué no venía usted?

SANT. ¡Estaba rasqueteando al patrón!

FORT. ¿Qué dice usted?

SANT. Así dice él: «Rasqueteame bien Santiajo», y yo lu friju con el cepillu á sacarle virutas.

FORT. ¿Y los trajes?

SANT. ¿Que si lu traje? Vaya pues; bien grandecitu que es él pa que lo traiga! ¡Yá se vendrá él solito!

FORT. ¡Qué bagual éste! Pregunto si no nos han traído los vestidos....

SANT. ¡Ah! ¡vamos!.... Pues los vestidos.....
....(*timbre de la puerta de calle*).

FORT. ¡Ahí están!.... ¡Ahí están!

(*á Santiago*). Vaya usted á ver.... ¡muévase!...

Ya verán muchachas.... También inventaos
por mí....

FERN. (*aparte*. ¡Así serán ellos!)

FORT. La madama me decía: Va á ser usted una «furia» con ellos.

PAL. ¡Cómo!

GILB. Va á hacer usted «furor», mamá.

FORT. Pues es lo mismo. ¿No es verdad muchachas?
Lo mismo es cuerno que chifle.

1ª MELL. ¡Qué ocurrencia!

2ª ID. ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! (*Se abanicán*).

(*Aparece Santiago por la puerta del foro, y así que le ve doña Fortunata, le interroga ansiosamente*).

FORT. ¿Los vestidos?

SANT. No señora. Los desnudos.

FORT. ¡Cómo!

SANT. Dus jranujas, con más bujeros que pantalones,
que piden limosna....

FORT. ¿Y no los ha echao usted á la calle á palos? ¡Qué
desvergüenza! ¡Tocar la campanilla!.... Vaya
usted y....

FERN. Perdón señora.... podrían se productos de la
maternidad libérrima cooperativa ambulante....
y entonces....

FORT. ¡Déjeme usted! Aquí en mi casa no hay mas
maternidad que yo.... Eso estará bueno para
cuando se abra el negocio ese.... pero....

PAL. (*A Gilberta*). Admiro á su mamá de V. Gilbertita.

FORT. (*Que había oído*) ¿Qué dice Vd.?

PAL. Que es Vd. bíblica, señora....

FORT. ¡Ah! Eso sí: cuando se me revuelve la bilis.
(*Entra Santiago*).

SANT. ¡Ahí están! ¡Ahí están!....

FORT. ¿Quiénes? ¡Jesús! ¡Visitas!

SANT. ¡Los vestidos!

FORT. ¡Ah! Hacíelos pasar!.... No, no; que vayan al
comedor que es mas grande.... Aquí no hay
lugar pal coleo.... porque son de cola, mucha-
chas.... y con descote á lo Pionono.... El de
esta, tiene un volao informe en la pollera... y la
bata que.... ¡Vamos! ¡Vamos!.... Vd. dis-
pense Palemoncito.... pero apadrínelo al se-
ñor hasta que venga Indalecio.... Después ha-

- blaremos señor sobre eso de la proclama.
- FERN. Y unas firmas, señora, que tendrá Vd. que poner en algunos papeles. . . .
- FORT. ¡Yo!
- FERN. Sí, como Presidenta de la Sociedad de las Madres. . . . digo: de la Maternidad Cooperativa. . . .
- FORT. ¡Ah! Si, si. . . .
- FERN. Me han encargado. . . .
- FORT. Está bien, está bien; pero ahora tengo que ver los trajes.
- FER. Me daré una vueltecita mas tarde, cuando Vd. haya terminado esa grave ocupacion (*ap.*) (y así completo los documentos.)
- FOR. Como le parezca señor. . . .
- PAL. (*ap.*) (¡Aqui hay gato!)
- FOR. Pero ahí quedaba Palemoncito que acompañaría á Vd.
- PAL. ¡Oh! Puede Vd. estar segura que no abandonaré al Sr. Fernández, y hasta le ayudaré. . . .
- FER. Gracias.
- FOR. ¿No ve Vd?. . . . Indalecio no debe tardar.
- FER. Pero. . . .
- FOR. Como Vd. guste. . . . Vamos muchachas. . . . Hasta luego. . . .
- FER. A los pies. . . .
- PAL. (*ap. á Gilberta*) Volveré mas tarde.
- GIL. Es Vd. dueño.

ESCENA VII

FERNANDEZ Y PALEMON

- FER. (*ap.*) (¡Esto marcha!)
- PAL. ¿Decía Vd. señor?
- FER. Nada, nada. ¿Vd fuma? (*ofreciéndole un cigarrillo*) Pues tengo mi número 7 en prensa. . . y como esta señora es la Presidenta de la Sociedad de que es éco. . . . ¡Los editores, caballero, son los Scheylocks modernos del intelecto!
- PAL. ¡A quien se lo dice Vd., caballero!
- FER. El trabajo mental, es una evaporización lenta pero cotidiana del espíritu.
- PAL. ¡Admirable! Veo el graficismo de la idea, como un rasgo ondulante *d'art nouveau!*

- FER. Y no hay medio de taponar este escape de gas esperitual, sinó con.....
- PALEM. Sé lo que va Vd. á decir.....
(hace ademán con los dedos, de dinero)
- FER. ¡Esa mano!
- PALEM. Que cierto es aquello de *Les beaux sprits*.....
- FER. ¡Un evangelio! Pero, ¿no le parece á Vd. que es llegado el momento de humanizar nuestro lenguaje?
- PALEM. Si, hombre..... y hasta de entendernos.....
La terminología y las metáforas, están demás.
- FER. De todas maneras y con estos oyentes.....
- PALEM. ¡Incienso y mirra, en un fogon camperol!
- FER. ¡Bravo! Sin embargo, la niña es interesante.
- PAL. Si, pero.....
- FER. Puede Vd. confiarse.
- PAL. Ya es crecidita para extirparle ciertas propensiones nativas.... Es inteligente, y aun algo instruida, pero.....
- FER. Amigo: yo creo que no sería un mal partido...
Los pesos son unos grandes niveladores de todas las calidades y de todos los defectos.....
- PAL. Eso si..... y por ese lado Gilberta..... pero los padres.....
- FER. ¡Uff!
- PAL. Veo que Vd. me comprende, y que podremos tal vez establecer una alianza.... un sindicato.
- FER. ¿En que sentido?
- PAL. Vamos, Sr. Fernandez.... Mire Vd. que yo soy catedrático.... Dejemos á un lado, con verdadera lealtad, sociedades benéficas, números programas, actos filantrópicos etc., y vamos al grano. Evolucionemos dentro de la lógica de la naturaleza....
- PAL. ¡Justo! Mire Vd., esta es mi teoría. No todos hemos nacido para hacer dinero á costa de nuestros ideales, y sacrificando nuestras inclinaciones.
- FER. Exactísimo. Breton de los Herreros lo ha dicho:
Hay tareas que no son
Para un aliento gallardo;
Un pollino lleva un fardo,
Y no lo lleva un león.

PAL. ¡Admirable! ¡Admirable! ¡Al campo! dicen los capitanes arañas que embarcan á las jentes y se quedan en tierra. «¡Ahi está, añaden, el filon proficuo y generoso, en donde todo hombre de voluntad y de entereza puede hallar fortuna!»

Pero si todos nos vamos al campo á buscar fortuna ¿que será de las ciudades?

FER. Y de los periódicos—programas.

PAL. ¡Claro! Nada, mi amigo; la teoría es ésta: Que la casta rural trabaje en el campo, y cuando se haya enriquecido, se venga á la ciudad á enriquecer á su vez á los que nos sacrificamos por ella, política, económica y científicamente.

FER. Ahi está.....

PAL. Vea Vd. como la parte de ella menos basta y mas accesible á los misterios del arte, apenas llega aquí, se contagia con las ideas de lujo, de ostentación, de buen vivir.....

Vea Vd. á D.^a Fortunata con sus sombreros y vestidos, y á Gilberta animándosele á las florituras musicales en italiano, y á los noviazgos distinguidos (no lo digo por alabarme.)

FER. ¡Justo! Por eso la hemos buscado á su suegra de Vd.....

PAL. ¡Eh! ¡Poco á poco!.... ¿Mi suegra?....

FER. Bueno; á la señora esa, para que figure como Presidenta en la Asociación de la «Maternidad libérrima cooperativa».

PAL. ¡Claro! Muy bien pensado.... Pues si señor: ¡Al campo! dicen los políticos moralistas. ¡No señor! Que el campo venga á nosotros.

¿No nos traen todos sus productos, que nosotros pagamos á peso de oro (es decir, los que lo tienen)? Pues bueno: producto también es, y que debe su tributo á la metrópoli, la tribu enriquecida, ávida de figuración y de placeres, en cuyo provecho y mejoramiento nos desvivimos nosotros, que le damos lo mas puro de nuestra existencia, la espiritualidad, la sensibilidad, la compenetración sicológica; en cambio del súcio rollo de sus pesos grasientos y mal olientes, amasados con la sangre y el se-

- bo nauseabundo de sus bestias sacrificadas.
FER. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Dice Vd. muy bien!....
PAL. Esta jente es nuestra estancia en poblado;....
pues, á la volteada, á enlazar, á domar, á redomonear....

ESCENA VIII

Dichos y Don INDALECIO

(Izquierda 1^{er} término; viene vestido de jacquet; luego Santiago, Dn. Timoteo y Gabriel.)

IND. (*Que habrá oído desde la puerta las últimas palabras de Palemon*) ¡Ah gauchó! ¡No lo creiba tan criollazo, amigo don Palomon! (*á Fernandez*)
¿Y Vd. tambien se le anima á un tiro de bolas?
¿Eh? Yo aura no serviría.... ¿No vé como estoy con esto como en un cepo de lazo? ¿Y las mujeres?

PAL. Provándose los nuevos vestidos.

INDAL. ¡Ah! Si, esos que me dijo la gringuita..... A esas todo se les vá en probaduras.... Con tal de tirar la plata....

FER. Es muy justo.

PAL. El dinero es para gozar de él.

INDAL. O pá que se lo gocen á uno.... Pero sientensé.

PAL. Gracias, señor don Indalecio....

FER. Nos retiramos en este momento....

INDAL. ¿Y pa eso me han hecho disparar ansina?

FER. Es que.....

(*sale Santiago muy afanoso*)

SANT. Señor, señor.... Su hermano de Vd. dun Timoteu, que lleja del campu con dus caballus y un hiju....

INDAL. ¿Qué decís? ¿Timoteo?

FER. *ap. con ironía* (Muy oportuno)

INDAL. ¡Qué vergüenza! ¡Con esta facha!.... Hacelo entrar.... Con su permiso señores.... ¡Timoteo! ¡hermano!

(*entra don Timoteo seguido de Gabriel*)

TIM. ¡Hermano! (*se abrazan*)

GAB. La bendición, padrino. (*le besa la mano*)

INDAL. ¡Dios te haga un santo! ¿Me tenís miedo porque me ves vestido de doctor?... Si es pura parada.... Hermano: te presiento á estos mozos que son los que amadrinan á Fortunata en sus historias puebleras.... Este, es mi hermano mayor; un mamoncito que no sabe sino decir Ajó, porque es casi dueño de tuito el partido.... Este otro, es mi sobrino Grabiél, hijo de éste. Con esa facha de agarrar peludos puel rabo, ya tiene su rodeito de mestizos, una majada pura flor, y una tropillita de fletes, ansina pa trabajar en el rodeo, como pa floriarse bien aperao, al trotecito corto y bailarin por las calles del pueblo á la tardecita.

(á Santiago). ¡Che! galicia: deciles á esas que dejen de jorobar con los trapos, y que vengan á saludar á los recién llegaos.

PAL. Nosotros nos retiramos, don Indalecio.

FERN. Sí, más tarde ó mañana, pasaremos á ver de combinar con la señora (*ap.* Hay que evitarlos á estos).

INDAL. Bueno, amigazos; como gusten.... Che, Grabiél; has llegao á tiempo. Te alvierto que este mocito anda medio achicharronao con tu prima, ¿eh?

PAL. ¡Don Indalecio!....

INDAL. No hombre. Si lo digo por broma, por que á éste también se le caía la baba antes.... ¿No es verdad, Timoteo?

TIMOT. ¡Qué se yó!

INDAL. Bueno; cózas de muchachos.... No, y la po-tranquita ha salido donosita puande le busquen....

¿No le parece amigo? (á Fernández).

FERN. ¡Oh!

INDAL. Güeno; será hasta luegoito ó hasta mañana, como gusten.

FERN. Hasta la vista. (*ap.*) Elegiré el momento.

PAL. Adios.... (*vanse Fernández y Palemón*) (*foro*).

INDAL. (á Santiago). ¡Ché! ¡farruco! Traime el poncho, y decile á la inglesa de barro esa que si se ha tragao el mate, y vos Grabiél, llevá los caba-

llos que vendrán cansaos.... (Vase Santiago, foro).

GAB. Si han venido por el tren, padrino, como cristianos.....

INDAL. Ya lo sé....

TIMOT. Es que uno no se acostumbra á estar sin el flete.

IND. Si ansina me sucede á mí.... Güeno, lleválos, pues, al corralón de aquí á la güelta que da al fondo de la casa, ande tengo el mío.... Allí está el indio Pancho, y hay mantención como pa una tropilla.... (vase Gabriel, foro).

Veni hermano; sentate. ¡Qué ganas tenia e verte!

¡Sabés que estás mas mozo que yó!

TIMOT. ¡Diande!

INDAL. No; si tenés razón pa estarlo. Si la ciudá es un lampalagua que empieza por asonsarlo á uno, y despues se lo chupa, se lo chupa, hasta que se lo traga tuito entero.

Pa nosotros que nacemos, como quien dice, sobre el pastizal del campo; que tras el primer grito que damos, ya tragamos una bocanada de ese aire libre que viene dende lejos, alborotando la peluza de los cardales, haciéndole cosquillas á los tréboles y hamacando los penachos de las cortaderas; que dormimos nuestro primer sueño sobre un cuero sobao de la mas blanca y motosa de nuestras ovejas; que apenas abrimos los ojos ya vemos el azul projundo de nuestro cielo, por el que vuela una nube blanca como un vellón limpio y cardao, y lo alumbra un sol que parece de oro, que nos hace cerrarlos á la juria, encandilaos, dejándonos pa siempre en el alma la marca de nuestra bandera; que apenas se abren nuestras orejas á la voz del campo, ya oimos el mugido del toro que escarba encelao en el peladar de la loma; el relincho del pingo que atao á la estaca ha oido á lo lejos el cencerro de la madrina; el balido de las ovejas que parece nos arremeda nuestro llanto, los venteveos y horneros que chillan como visita de mujeres en la copa

redonda y tupida del ombú, mientras ahí, al ladito nuestro, bajo la ramada en donde se orea la carne y zumban las moscas, el payador del pago, apretando contra el pecho la guitarra que se queja en las bordonas, como hombre que muere vendido y traicionao, canta lo que no se puede decir en la vida, sino con el aire criollo de nuestros tristes... pa nosotros, Timoteo, esto es la carcel, la escuridá, la muerte!

TIMOT. ¿Y porqué te has empantanao, hermano en el pueblo?

IND. E'so es lo que yo también me pregunto á veces, cuando no sabiendo qué hacer me voy ahí, al corralón ande tengo el doradillo, y mientras lo tuzo ó le limpio los basos con el cuchillo, me pongo á hablar con él, que me entiende mas que cualquier cristiano.

TIMOT. Y ansina no mas á e ser... .

IND. ¡Cuántas veces me ha dicho parando las orejas, resoplando con las narices bien abiertas, y mirando con esos ojos vivos que tiene, allá, á lo lejos, pal lado del Sud, por encima de le paré de ladrillos que lo encierra como en una cruji-da: «¡Patrón! y ¿cuándo salimos de esta cárcel? ¿cuándo nos largamos campo ajuera, alegres y libres, atravesando los pastizales mojaos por el relente de la noche, y vandeamos el arroyo, en el que con el freno aflojao, bebo el cielo y las nubecitas en el agua que baila en redondeles alrededor de mi boca? ¡Cuándo llegando á las casas, vienen de lejos á recibirnos, ladrando y saltando, los perros mis compañeros! ¡Cuándo desensillao, podré revolcarme contento, dandomé güelta entera sobre el lomo, entre los tréboles llenos de florcitas amarillas, pa irle después á pegar tarascones golosos, á las matas tiernas de gramilla y cola e zorro!

TIM. ¡Ladinazo el pingo!... Y vos ¿qué le respondés, hermauo?

IND. Ya nos vamos á dir prontito, le digo, palmiándolo en la tabla del pescuezo, y él relincha cortito y projuendo, como si se riera... y ha de

rairse á la fija, como lo hace el indio Pancho, su cuidador, cuando me vé en estos coloquios, porque sabe que dende que me han vestido ansina, ya no soy un hombre, y soy menos que una mujer, porque son ellas las que me han quitao tuita mi voluntá y mi capricho, pa echarme medio-bozal y hacerme cabrestiar asonsao, lo mesmo que á mancarron que se le aprieta la jeta con la manija del talero.

Y eso, gracias que te he tenido á vos, que me has cuidao los intereses como si fueran los tuyos.

TIM. Pero y ¿por qué ansina que te encontrastes mejorao de la enfermedá esa que te trujo á la ciudá, no distes media güelta y á la estancia?

IND. Porque ya no podía... Porque mi mujer, ya se había metido hasta las orejas en el tembladeral pueblero... porque ya mi casa parecía fonda e vascos, de la jente de distintas layas y pelos que venía... porque ansina que olieron que había grasa pa chicharrones, ya empezaron las comisiones, y las visitas, y las invitaciones, y los grados.

TIM. Te hubieras ido vos sólo...

IND. Sí; pa que al mes ya andubiera agachao y babiando, como guay criollo, picao en las costillas y macaniao en las guampas.

TIM. ¿Y por qué?...

IND. Sos un inocente. ¿Vos te crees que la ciudá no es más que un montón de casas y de jente apurada, que pasa al trotecito, sin dar los güenos días pa su trajin?

Andá, andá parate en una boca-calle, como en la güellita que vá de la estancia al puesto...
¡En menos que canta un gallo, no queda de vos ni el apelativo!

TIM. ¡Vea hom...!

IND. Aquí no hay más que atropellar á tuito el mundo, y en cuantito una casa con mujeres, adentro, queda con la puerta abierta y sin perros ni hombres que la guarden, ya esa casa es de todos, lo mesmo que los nidos de tordo,

ande cada pájaro tiene el derecho de poner un güevo.

TIM. ¡Cosa fiera!

IND. ¿Vistes esos que se jueron cuando vos entrastes? Pues como esos vienen más de vainte al día, y no pa traír nada, sino pa llevarse aunque más no sea que la lonja e los tientos (*risas adentro.*) ¡Mira!... ¡ojilas!... Parece indiada en malón que se golpea la boca... Le están haciendo fiestas á un montón de trapos de tuitos colores, que les ha traído una madama pa disfrazarlas de mamarracho... por supuesto que haciéndoles pagar una barbaridá.

TIM. ¿Y por qué vos permitís?...

IND. Porque sería al ñudo alegarles... ¡Si á veces me raigo solo como un sonso!

¿Te acordás lo que nos burlábamos cuando éramos muchachos de las indias de Catriel, cuando se untaban la cara con grasa e potro, y se echaban después en los cachetes esa tierra colorada de la «Sierra e la Tinta» que las ponía lo mesmo que á Mandinga?

TIM. ¡Pues nó!

IND. Güeno: pues éstas hacen lo mesmo. Mi mujer se me presienta en ocasiones con la cara como si la hubieran cachetiao, y la boca lo propio que si hubiera tomao mate con bombilla caldiada.

TIM. ¡Qué cosa!

IND. Mi hija, que... ¿te acordás?... era morochita, pero despercudida, y con el pelo negro como el mío antes de que se me pusiera barcino... pues aura es rubia como una extranjera, y blanca como una imajen.

TIM. (*con enjerjía*) Pues amigo: hay que ponerle una yapa á estas riendas.

IND. Si pa eso te llamao, Timoteo. Yo estoy solo, y la cinchada es tremenda!

D. TIM. Dejáme hablar con tu mujer.

D. IND. ¡Bah!... Eso es al ñudo. A mi mujer hay que atarla codo con codo, echarla por delante y arriarla á lazazos.

D. TIM. ¿Y por qué no lo has hecho?

- D. IND. Porque... porque eso de dice por decir Timoteo... porque aunque gaucho bruto é inorante, como nos tratan por aquí... me acordao siempre que era criollo... y que la mujer, sea como sea, pal hombre debe ser lo mesmo que iglesia!
- D. TIM. Tenés razón... pero tampoco, no tan calvo que se le vean los sesos.
De todos modos dejáme á mi.
(*Se oyen las voces de las señoras que se acercan por derecha*).
- D. IND. (*Inquieto*) ¡Ahí vienen!
- SANT. (*Entrando por la izquierda, primer término*) Aquí está el ponchu.
- D. IND. (*Asustado*) ¡Echálo á la juria abajo una silla! Si me ven con él se arma una...
- D. TIM. (*Con energía*) ¡No señor!
Empezá por ahí. ¿Te gusta más?
¡Estás más holgao!... Pues ajuera el futraque y á ponerteló! (*á Santiago*) ¡Aver! Ayudáme.
(*Santiago ayuda á don Timoteo á cambiarle la ropa á don Indalecio*).
- SANT. Parece misa de obispu. ¡Puro vestirse y desnudarse!
- D. TIM. (*Vistiendo á don Indalecio con el poncho*) ¡Qué, no le gusta aura el poncho, cuando con él empezaste á hacerle el amor!
- D. IND. Y pior que éste...
- D. TIM. ¡Pues está lindo! No hay tu tia; es preciso que güelva á acostumbrarse.
¡Se han hecho ariscas pa las pilchas camperas? En eso no les hagás el gusto, Indalecio.
Las primeras cosquillas se le quitan al bagual con las bajeras.
(*Entra Gabriel, seguido de Mameita, por el foro*).
Vení Grabiél, y vos morenita que has de ser de las nuestras...
- MAM. ¡Del campo! No señor. ¡Yo me pongo sombrero!
- D. TIM. ¡Vos!
- D. IND. ¡Si anda como la mona del nápoles!... Pero mirá hermano; mejor será que nos metamos adentro... Ya sabés que...
- D. TIM. (*Indignado y resuelto*) ¡No señor!

(Voces cerca de la puerta derecha)

D. IND. ¡Agarráte Catalina!

(Forman un grupo don Timoteo, don Indalecio y Gabriel, en primer término izquierda. Se presentan en la derecha doña Fortunata, Gabriel y las mellizas: las primeras con sus trajes y sombreros nuevos; el de doña Fortunata según la descripción).

FORT. ¡Jesús! ¡La estancia!

D. IND. SANT. GAB. (Riendo) ¡Carnaval!

TELÓN RÁPIDO.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

GILBERTA Y GABRIEL

(Sentados junto á la mesa, Gabriel le muestra y clasifica á Gilberta, varios huevos de pájaros campesinos que saca de una cajita de cartón).

GAB. Estos son de martineta, éstos de tero, . . . éstos de pirincho . . . mirá que lindos éstos de perdíz, ¡parecen de vidrio! ¿Te acordás cuando íbamos puel baño de la laguna grande, descalzos y arremangaos, y vos redemente dabas un grito juerte, y yo corría asustao pande estabas, creyendo que era una vívora, y era que te habías encontrao, en un albardón, al ladito del uncal, una nidada de güevos de pato?

GILB. ¡Hum!

GAB. ¿Y cuando agarrábamos perdices vivas con caña y cerdita? . . .

¿Y aquél día que te enojastes tantísimo conmigo, porque apostamos á cual sacaba primero el nido de venteveos que estaba allá arriba, en la coronita del ombú de la estancia vieja, y empezamos á subir, á subir, pero vos subistes más pronto y más arriba . . . y me gritastes: «¡ya te gané! y yo te dije: «güeno; pero yo voy jugando al gana-pierde:» . . . y te envolvis-

tes á la juria en las polleras, y me echastes el nido en la cabeza!

GILB. (*Impaciente*) Ésas eran sonceras de muchos Gabriel... ¿Quién se acuerda ya de eso..?

GAB. ¡Cómo quién se acuerda! Pero me acuerdo yo, que dende que te viniste á esta ciudad maldita que te ha güelto otra, no dejo un solo día de rastriar como perro que ha perdido al amo, tuitos los sitios por donde andábamos juntos. Se acuerda el campo verde que pisastes con tus piés descalzos, y que parece que adrede se ha llenao de margaritas coloradas. Se acuerda el ombú viejo en que me enseñastes á conocer las letras, haciendomé escribir con mi puñal tu nombre. Se acuerdan hasta los pájaros, tan constantes, que han vuelto á hacer allí mesmo su nido, y que me gritan desde arriba cuando me ven venir, lo que me gritaban aquel día... como si supieran en lo que pensaba: «¡bien-te-veo!»

GILB. (*impaciente*) ¡Vamos!... ¡Está bueno, hombre! ¡No hablemos más de esas pavadas!

GAB. ¡Pavadas!

GILB. Sí, pavadas ridiculas, campesinas, que si te las oyen aquí, te arman un titeo...

Mirá, Gabriel; es necesario que vos, tu padre y el mío, se convenzan de una cosa que parece no les entra: el campo está bueno para las jentes que no tienen aspiraciones y se contentan con nacer, vivir y morir, como los animales que crían, ignorantes de todo lo que pasa fuera de él, de su paz y de su aburrimiento.

El que no siendo un chico ó un viejo, no siente siquiera curiosidad de conocer otras cosas, ó es un raro, ó es un enfermo. Y el que conociéndolas se conforma con dejarlas, sepultándose vivo en el desierto, ó es un santo ó es un sonso.

GAB. ¿Y qué seré yo, entonces, Gilberta, que ya no soy un chico, ni soy tuavía un viejo, y sigo siendo costante á lo que quise dende que nací y siento como una ansia profunda, el amor de la querencia, que veo que el dolor me la vá á

hacer más codiciada, porque allí voy á verte como eras, cuando tuavía no te habia vuelto loca la fiebre pueblera?

GILB. ¡Gabriel!

GAB. ¡Qué se ván á rair de mí! ¿Y de ahí?... Decime: ¿Estas vos segura de que no se han de rair también de vos y de tu madre?

GILB. ¿Y por qué?... Mi madre ha entrado tarde en esta vida, y como para la pobre siempre ha sido como un sueño vivir en la ciudad, no es extraño que á veces, medio mareada, haga ciertos disparates... Pero yo nó, Gabriel; yo he llegado en ese momento en que está una á punto para amoldarse á todo.

Yo, en la estancia, aprendí las primeras letras, y empecé á tener una idea por los libros y periódicos que podía leer, de lo que era la vida de la ciudad.

Vos mismo notastes ese cambio lento, tal vez sin darte cuenta cabal... como me sucedía á mí misma...

¿Por qué me empezaron á llamar por allá: «la pueblera?»

Porque me hacia vestiditos mejor cortados que los de la generalidad de las muchachas de los alrededores; porque cuidaba un poco más de mi persona; porque, en lo posible, correjia mis costumbres y hasta mi modo de hablar.

La primera vez que tuve conciencia de todo eso, como si por la primera vez también me hubiera mirado á un espejo, fué aquella en que pasó un oficial que iba de la ciudad y se alojó en casa. Le ví en la cara la sorpresa de encontrarme en medio de aquellos humildes paisanos; y cuando conversando conmigo, notó que si yo no hablaba como una maestra, no decía tampoco desatinos, no pudo menos de preguntarme: «¿Pero Vd. no ha salido nunca de aquí?»
¿Te acordás?

GAB. ¡Ya lo creo que me acuerdo! Como que yo estaba ahí, en un rincón, mordiendo el cabo del talero, orgulloso de oírte hablar, y pidiendo á Dios que te dejara muda!

Dende ese dia, Gilberta, empezó el daño que estás padeciendo.

La venida al pueblo, remató la brujeria.

Pa mejor, aura ya no soy pa tí sino un pobre gaucho, güeno tan solo pa la risa.

Antes, me oías, te aconsejabas conmigo, y no tenías miedo ni á un toro alzao estando á mi lao... Aura...

GILB. ¿Y quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha dicho que no tengo estimación por vos, y que... Pero es que todos Vds. pretenden lo imposible, sin conceder nada de su parte. Quieren imponer la vulgaridad, la ignorancia, la barbarie... ¿en cambio de qué?... (*ademán de protesta de Gabriel*). Sí... si... ya sé... de cariño, de tranquilidad... de todo lo que quieras... pero al espíritu que aprendió á volar, no se le puede decir eso... Andá, á aquellas águilas que tantas veces mirábamos juntos en silencio y embelezados, volar allá arriba, muy arriba, como puntos negros, en lo alto del cielo sereno... anda obligálas á bajar, y hacé de ellas gallinas mansas y caseras.

¡Nó! ¡Si no es posible Gabriel!

Además, ustedes están aferrados como con una especie de fanatismo á sus costumbres, á su lenguaje, hasta á su modo de vestir.

Papá tiene horror por el futraque y la *media-sándia*, como él llama al *jaquet* y á la galera. Ya vistes la escena de ayer... Vos mismo...

GAB. Yo soy un hombre de trabajo, Gilberta, como ha sido tu padre y es el mío.

Cada cual es pa lo que Dios lo ha hecho.

Yo no puedo perder mi tiempo en andarme vistiendo de escribano, cuidarme de que me dé el sol, y tener las manos enfundadas.

El doctor tiene su estancia en el papel sellao. La nuestra no la podemos cuidar de sentaos y haciendo garabatos.

Somos hijos de la intempérie, y ansina como el marinero se almarea en cuanto está en tierra, nosotros andamos boleaos en cuanto nos apiamos del caballo.

GILB. ¿Pero quien les obliga á cambiar de vida?

GAB. ¡Vds., pues!

GILB. ¿Nosotras?

GAB. Si, ustedes. . . . ¡Ah! Entonces no tenemos derecho á ser acompañaos y queridos por nuestras mujeres, porque la ciudad que las tiene á montones y como por fantasia, va también á engolosinar á las nuestras en nuestro propio rancho, á sonsacarlas, á hacerles perder la cabeza con sus bambollas y sus lujos?

¿Entonces la mujer del gaucho que como vos sale un poco ladina, en lugar de ocuparse en enseñar á los que no saben, de tener la paciencia de criar una familia mas refinada que la de sus padres, en cuantito han laido tres ó cuatro historietas de esas que venden los turcos, y un pueblero vivo les ha prendido fuego en el pajonal del orgullo, ya le hacen asco al campo, ya no pueden ni ver un churrasco, escuenden él mate, dicen que la guitarra es un instrumento de guarangos, y el trabajo del rodeo, de la majada, de la yerra, de la trasquila, ocupacion de animales. . . . y ya es preciso venir á la juria á la ciudad á vestirse de barrilete, á hablar en gringo, y á asolar las calles en coche, como compañía de pruebistas anunciando la función? ¿Lo que nosotros hacemos con los animales, no lo pueden hacer Vds. con la familia?

Cuando vos y yo nacimos, todo era criollo en nuestra estancia. Mirá aura. Purito mestizaje, y eso ¿quien lo ha hecho?

Estos pobres gauchos, á juerza de sacrificios, de voluntá, de trabajo.

Si nos hubiera dao por refinarnos á nosotros mismos, viniéndonos pa la ciudad á darnos el corte de cajetillas, á aquello se lo habría llevao el diablo, y Vds. andarian de pionas quien sabe puande, y nosotros, ó en la carcel, ó en el hospital, ó en el camposanto.

GILB. ¡Esas son exajeraciones!

GAB. No sé lo que serán, Gilberta, lo que si sé es que naides te hablará ni con mas concencia, ni con mas cariño que yo.

No hagás caso de mi persona. Hacé de cuenta que no me has conocido nunca.

Olvidáte.... de lo que ya te has olvidao.... pero escucháme y seguí mi consejo.

Echále un ñudo potriador á esta vida. Acodillá á tu madre, que de vieja, le ha dao por retozar como si juera potranquita.

Echále los perros á todos esos cuatreros que andan atras de los cueros ajenos.... y, á lo que te criaste. ¡Al campo! ¡A la estancia! Allis una raina; aquí una mujer güena pa la diversión de los ociosos, ó una mina pa los aprovechaos.

GILB. ¡Imposible!.... No hablemos mas de eso Gabriel.... Te agradezco la intencion, porque sé que es buena y honrada.... pero estás equivocado....

GAB. Entonces....

GILB. Nada... Cada uno segun sus inclinaciones... Ese el verdadero camino del destino.

GAB. ¡Sos otra mujer, Gilberta! ¡Ya me lo habian dicho; pero no lo queria creer!.....

ESCENA II

DICHOS Y SANTIAGO (*por el foro*)

SANT. Señorita: Ahi esta Dun Paluminu.

GILB. ¿Quién?

SANT. El señoritu ese que anda con el acordeun de los retratos.

GILB. ¡Ah! Palemon.

SANT. Pues bueno: Palomon ú Paluminu es lu mesmu

GILB. Decile que pase.

GAB. Yo me voy.... Ya tenés un hombre de tu laya pa que te acompañe.

(*aparece Palemon*)

SANT. ¡Ya está en puertas! (*váse por el foro*)

ESCENA III

GILBERTA, GABRIEL, PALEMON

PAL. ¡Señorita Gilbertita! (*le da la mano*) ¿todos buenos? Mamá... papá... ¿y los pampeanos?

GILB. Voy á presentarle á Vd. á mi primo Gabriel..

PAL. ¡Ah!.... el señor.... si, si.... no había reparado.... ya me lo presentó ayer.... así, de refilon,.... su papá de Vd.... ¡Ah! con que el señor es....

GAB. Servidor.

PAL. Me alegro, me alegro.... Buenos los pastos por alla ¿eh? ¿Ha llovido?... (á Gilberta) ¡Vd. encantadora como siempre Gilberitta!
Ayer la busqué á Vd. en Palermo como habíamos quedado.... ¡Inutilmente!

GILB. Asi es; no pudimos ir. Con la llegada de mi tío y de este....

PAL. ¡Ah! (á Gabriel) ¿y por muchos días?

GAB. Asigun....

PAL. ¡Ah!.... Asigun ¿eh?.... Muy bien, muy bien.... (á Gilberta, ap.) Los hubiera Vd. empaquetado por cuerda separada en una victoria.... Para la gente de campo, siempre es una sorpresa.... (alto á Gabriel) Es necesario que vea Vd. nuestros caballos.... ¡uff! ¡que caballos! ... (á Gilberta) Supongo que irá Vd. á la opera esta noche....

GILB. Quien sabe....

PAL. Dan «Manon».... Estos señores preferirán el Apolo. Allí se encontrarán con conocidos viejos

GAB. Yo me voy á retirar, con su permiso.

GILB. (á Gabriel) Quedate un momento (*toca el timbre*)

GAB. Es que tengo que ver los animales....

PAL. ¡Ah! ¿Va Vd. á ver los monos de Palermo? Tambien es curioso....

GAB. No señor; á mi no me divierten los monos, y asigun parece, aqui no hay mucho que incomodarse pa verlos....

PAL. ¡Ah! en efecto, en efecto.... el eléctrico.... (ap.) ¿Qué querrá decir el guaso éste?

(Se presenta en la puerta del foro Santiago)

GAB. (á Santiago) Avisele Vd. á mamá que está el señor Palemon.

(váse Santiago)

PAL. ¡Oh! ¡No la incomode Vd!.... Ni Vd. se contrarie por mi caballero (á Gabriel)

- (ap. á *Gilberta*) (Dejelo Vd. que se vaya á ver los animales).
- GILB. ¿Eh?
- GAB. (ap.) (Me parece que l'hablao en secreto. ¿A que no me voy aura?)
- PAL. (*haciéndose el indiferente*) Pues... tendremos que sacar otro grupo... Usted no está en foco, y doña Fortunata ha resollado tan fuerte, que le han resultado cuatro pechos.
- GILB. ¡Qué lástima!
- PAL. Nó; la luz además no era buena. Ya se lo dije á Vds... pero como la señora porfiára... (*á Gabriel*) ¿Vd. se ha retratado a'guna vez?
- GAB. Nó, señor. Eso está bueno pa los mozos lindos... Mi oficio no es ese...
- PAL. (ap.) (Me parece agresivo el guarango).
- GILB. No es exacto eso, Gabriel; un retrato se puede hacer sin vanidad, para guardarlo ú ofrecerlo como un recuerdo.
- GAB. Pa quien tiene...
- PAL. ¡Ah! y el señor ¿no tiene alguna paisanita por allá?
- GAB. Ya se van acabando, señor, y las que quedan, les basta con tener al hombre en carne y güeso, haciendo poco caso de los de papel.
- PAL. Y á fé que tienen razón. ¿No opina Vd. así Gilbertita?
- GILB. Por el momento me ocupo tan solo de los segundos.
- PAL. ¡Cómo!
- GILB. Hago mi álbum.
- PAL. ¿Y nada más?
- GILB. Nada más.
- PAL. Pues yo creía... Es duro lo que Vd. dice, para quien aspira... Yo, por ejemplo.
- GILB. No veo en que se pueda dar Vd. por aludido.
- PAL. ¡Como! ¿No vé Vd? Cerrará Vd. los ojos del alma, exprofeso.
- GILB. Es que mi alma está ciega todavía.
- PAL. ¡Ciega! Cuando es toda luz, toda resonancia, toda armonía!...
- GAB. (ap.) (Me parece que este me ha agarrao pa palo e rascarse).

- GILB. (*íd.*) (Hablemos de otra cosa... Repare Vd.) (*señala á Gabriel que finje mirar con gran atención los huecos de pájaros*).
- PAL. (*íd.*) ¡Bah! Ni oye, ni entiende... ni se le importa).
- GILB. (*ap.*) (Se engaña Vd.; además, no permito...) (*se le cae la caja á Gabriel*) ¡Qué es eso!
- GAB. (*recogiendo la caja del suelo*) Nada: que se rompiórn.
- GILB. (*quitándosela y examinando dentro*) ¡Qué lástima!
- PAL. (*mirando dentro*) ¡Ah! ¿Colecciona Vd. también como los retratos?
- GILB. (*mirando siempre la caja*) ¡Ni uno sano!...
- GAB. Es mejor así; ya estaban fuera de sus nidos; sin alas que los cubriera, ni pico que les diera de comer cuando nacieran, ni campo libre pa volar...
¡Hay más de un cristiano que hubiera querido tener la misma suerte!
- PAL. (*ap.*) ¡Che-che-che! ¡Este es fabricante de décimas! (*alto*) En efecto; pero podrían tal vez aprovecharse... ¿Quién sabe si no hubiera resultado una originalidad, una *homelette aux œufs d'oiseau*?
- GILB. (*mirando siempre la caja*) ¡Qué lástima!
- GAB. (*enternecido*) ¿Lo sentis deveras, Gilberta?
- GILB. (*soñadora*) ¿Y por qué nó?... Eran de allá... de aquellos nidos... de entre aquellas ramas...
- GAB. (*conmovido*) ¿Te acordás? (*sale Santiago*).
- GILB. (*secamente y reaccionando le dá la caja*) ¡Llévese esto! (*movimiento de desaliento de Gabriel. Aparece Dolores por el foro, diciendo sus primeras palabras sin trasponer la puerta.*)

ESCENA IV

Dichos y DOLORES

DOL. ¿Estorbo?

GILB. (*saliéndole cariñosamente al encuentro*) ¡Dolores!... ¡Jamás, querida!... vení, vení... (*se besan extremosamente*).

- PAL. (*ap.*) ¡La viudita! ¡Cáspita! ¡Qué elegante viene!
- GILB. (*presentándolos*) El Sr. Palemón...
- DOL. ¡Si lo conozco!... (*le dá la mano*).
- GILB. ¡Ah! ¡Es verdad!... Mi primo Gabriel... que acaba de llegar.
- DOL. Caballero.
- GAB. Señorita...
- GILB. Señora... Aunque no lo habrias sospechado, ¿no es verdad? porque esta amiga, que es una muchacha, quedó viuda después de un año de casada...
- DOL. (*suspirando con coquetería*) ¡Ay! ¡Es verdad!
- GILB. Lo que no impedirá...
- DOL. ¡Bah! No digas tonterías... De vos sí que tengo noticias...
- GILB. ¿De mí?
- DOL. Sí, mi hijita... Ya sabes que el amor es como el melón... no se puede ocultar.
- GILB. ¿Qué estás diciendo?
- DOL. (*maliciosamente á Gabriel*) Le ha probado muy bien la ciudad á su prima, señor.
- GAB. Así parece.
- DOL. ¿No le ha contado?... Que le cuente, que le cuente...
- GAB. ¿A mí?...
- PAL. (*ap.*) (No le hace gracia al paisanito).
- GILB. ¡Pero Dolores!...
- DOL. Tenía que suceder...
- PAL. ¡Ya lo creo! Una joven del talento, de la belleza, de la gracia, de Gilberta.
- GILB. Pero...
- DOL. (*á Palemón*) Vd. también debe de estar muy interiorizado, señor...
- PAL. (*con fatuidad*) ¡Pschs!
- DOL. Digo... en su calidad de periodista...
- PAL. Sí... y además...
- GILB. (*á Dolores*) Pero dejáte de decir disparates.
- DOL. Pues hijita, no se habla de otra cosa por ahí... (*á Gabriel*) Vds. son muy generosos, permitiendo á sus lindas muchachas que se vengan á la capital...
- GAB. ¿Y quién le pone puertas al campo, señora?

- DOL. (*con coquetería*) El amor que conquista, la constancia que cautiva.
- GAB. Somos muy poca cosa nosotros los paisanos pa lograr eso.
- DOL. Lo que son Vds. es, ó indolentes ú orgullosos.
- GAB. Ni una ni otra cosa, señora. Nosotros creemos que el amor ha de nacer sin que naides le haga fuerza, como nacen las hojas en los árboles, cuando llega la estación...
- DOL. Muy bien dicho...
- PAL. Para cantarlo en la guitarra.
- GAB. ¡Y pa sentirlo en el corazón, amigo!
- DOL. (*ap.*) (Me gusta el muchacho. No es estúpido y; aunque campesino, tiene carácter y es altivo). (*Alto*) Entonces, ¿Vd. cree que el afecto debe nacer espontáneamente? (*Hacen dos grupos: Gilberta, Palemón, izquierda; Dolores y Gabriel, derecha. El juego escénico queda librado al talento del actor.*)
- GAB. ¿Cómo?
- DOL. Por sí mismo.
- GAB. ¿Y de nó?
- DOL. Si; no diré que no haya casos; pero no está demás un pequeño esfuerzo... Mire Vd., su propia teoría de las hojas puede ser rebatida con los hechos... Desde luego, el árbol ya está arraigado en la tierra, y esas hojas no son una primicia; son una renovación periódica... ¿No le parece á Vd.?
- GAB. Ansina será.
- DOL. Mas claro: ¿Como nace el trigo?
- GAB. ¿Como nace?... Nace de la tierra, pues, cuando la calienta el sol.
- DOL. Perfectamente. ¿Pero antes habrá Vd. sembrado la semilla?... .
- GAB. Dejuero...
- DOL. ¿No vé Vd.? (*prosiquen hablando mímicamente.*)

(El otro grupo)

- PAL. (*á Gilberta*) No seré yo el afortunado, pero su destino está ya señalado en el porvenir... Vd. no puede volver hacia atrás, Gilbertita... Su existencia ya está encarrilada en la vida civili-

zada, distinguida, elegante, de los grandes centros.

GILB. Y si le dijera á Vd. que siento á veces como una angustia, como un remordimiento de infidelidad, cuando pienso en mi vida pasada, tan dulce, tan apacible, tan sencilla....

PAL. ¡Bah, bah, bah!.... ¡Cóqueternas!

GILB. No; Vd. no sabe lo que hay en mi espíritu.... Allá vivía tranquila y segura.... Aquí, me rodea una zozobra, una duda....

PAL. Que nos alcanza á todos los que la rodeamos, tan sinceramente y con tanto cariño!.... Déjese Vd. amar, Gilbertita, y verá Vd. como todo eso cambia, desaparece....

GILB. ¡Amar! ¡Con qué desparpajo hablan Vds. de esas cosas! (*prosiquen mimicamente la conversación.*)

(El otro grupo).

DOL. Pues mire Vd.: yo me conceptuaría una mujer muy dichosa, si pudiera desprenderme de esta ajitada y aturdidora vida de ciudad, y retirarme á un rinconcito de nuestra campaña, donde poder llevar una vida casi primitiva.

GAB. ¿Y porque no lo hace, señora?

DOL. ¡Ah! Despues de viuda.... ¿Que quiere Vd. que haga una mujer sola?... Si pudiera....

(Gilberta mira á cada instante con marcado interés y como inquieta, el grupo formado por Dolores y Gabriel.)

GAB. Eso lo dice por rairse. ¿Como á una moza como Vd., linda puande la busquen, aseada como el oro, y ladina como un dotor, le habia de faltar....

DOL. (*viendo*) Gracias por la galanteria.... Pues mire Vd., mi ideal seria hallar un sér.... algo fuera de la vulgaridad de estos hombres gastados y petulantes de las capitales.... Un espíritu nuevo al que pudiera añadir algo del mío.... No sé si Vd. sabrá que allí, cerca de su estancia de Vds. tengo un pedacito de tierra....

GAB. Si señora.... Buen campo pa ovejas.

- DOL. ¡Ah! ¿Sabía Vd.? (*ap.*) (Gilberta está inquieta.)
 GAB. Allí esta el vasco Ibarlucea.
 DOL. Eso es.... Yo no puedo administrarlo....
 Hasta por eso....
 Tal vez tenga que hacer en estos días un viajecito, pues hay unos intrusos, y el arrendatario me escribe.... La suerte que tengo á Vds. allí....
- GAB. ¡Como nó, señora!.. Y cuando guste no mas...
 DOL. Gilberta es una sonza.... Si yo estuviera en su lugar.... ¿No le gusta á Vd. su prima?
- GAB. ¡A mí! (*sorprendido*)
 DOL. (*con coquetería*) Vamos....
 GAB. Ella está ya aquerenciada en la ciudá, y yo soy muy paisano....
 DOL. Pero Vd. tendrá entonces por allá....
 GAB. (*decididamente*) Nada, señora.... Mi tierra, mis animales.... y una guitarra que es compañera de mis imaginaciones....
- DOL. (*fogosamente*) ¡Ah! ¡Como me entusiasman á mi todas esas cosas!.... Cuando Vd. me haya tratado y me conozca, Gabriel... Vera Vd...
 GILB. (*que no puede contenerse, á Dolores y Gabriel*) ¡Caramba! ¡Que coloquio largo!
- DOL. (*fingiendo indiferencia*) Hablábamos de mi campito.... allá.... lindero con el de Vds.
 GILB. ¡Ah!
 DOL. Y se lo recomendaba....
 PAL. (*insistiendo por lo bajo con Gilberta*) Gilberta: Contésteme Vd. No me haga Vd. penar.
- GILB. ¿Como penar? ¿No le he dicho á Vd. que seremos buenos amigos?....
 DOL. (*á Cabriel*) Mi ideal sería que alguna vez llegáramos á ser sócios. ¿No le parece á Vd.?

ESCENA V

Dichos y Doña FORTUNATA *que sale por la izquierda*
 2º término

- FORT. ¡Todo, todo está arreglao! ¡Dolores! ¡Palemoncito! ¡Tanto bueno por aquí! ¡No sabia que estaban!....
- DOL. ¡Misia Fortunata! (*se besan*)
 PAL. ¡Señora!

- FORT. ¿Como les va? Yo, hijitos, hecha un «ay de de mi», con esta puntada inmóvil, que tan pronto está de un lao como del otro.
- DOL. Nerviosa....
- FORT. Eso ha e ser, porque me dá después de comer, aunque me dice el médico que es puntada fraudulenta, y si no tomo un indigestivo de mojarrita....
Pero muchacho (*á Gabriel*) dales unas sillas á estos jovenes....
- DOL. ¡Gracias!
- FORT. Pues, tuito arreglao, gracias á Vd. Palemoncito y á ese Sr. Fernandez, tan fino! ¿No ha venido?
- GILB. Hasta ahora...
- FORT. Porque tenía que echarle una firma... Ya saben; las madres no hacen nada sin que yo no les ponga el pasaporte.
- PAL. ¡Claro!
- FORT. ¡Ah! Pero me ha costao una de á pié con Indalecio. Por nada, hijita, queria que ésta cantara.
- DOL. ¡Qué ridicuélz! Pero cantará por fin.
- FORT. ¡Ya lo creo! ¡No faltaba más! Pa eso le pagamos á Chauchini...
- PAL. Y además, para eso Gilbertita es casi una diva.
- FORT. ¿Qué?
- PAL. Una virtuosa...
- FORT. ¿Y quién ha dicho nunca que mi hija fuera una arrastrada?
- GILB. Nadie, mamá; no es eso lo que quiere decir el señor... Pero Vd. exajera, Palemón.
- PAL. Al contrario, Gilbertita... Me quedo corto. Vd. sabe si yo puedo ser juez, en mi condición de crítico... mi competencia artística...
- FORT. Bueno... Vds. se entenderán.
- DOL. El hecho es que canta ¿no es eso? (*afirmación de D^a. Fortunata*) ¿y qué vas á cantar?
- GILB. No lo sé todavía.
- FORT. ¿Cómo nó! ella queria cantar el «perche nó;» pero dice Chauchini que lo que le queda mejor es la Boca Negra...
- PAL. Y DOL. ¡Cómo! (*Gabriel dá muestras de impaciencia*).

GILB. (*riendo*) Una aria de «Simón Boca Negra».

PAL. Y DOL. ¡Ah! (*ríen*).

GAB. (*bajo á Gilberta*) ¿Puedo dirme?

GILB. (*id.*) Cuando gustés... (*Gabriel se acerca á despedirse de Dolores*).

DOL. ¡Cómo! ¿Se vá Vd. ya?

GAB. Sí, señora, con su permiso...

DOL. Es justo. Tendrá Vd. curiosidad de visitar nuestra capital.

GAB. No es eso, señora, sino que... Hasta luego, madrina, (*á Gilberta*). Adiós... (*á Palemón*). Pa servir á Vd.

FORT. ¿Te vás?... Bueno... Este no entiende sino de caballos... Mirá, decile á Mamerta que nos traiga té...

GAB. (*con interés*) ¿Está enferma tia?

FORT. ¡No hombre!... andá no más.

GAB. Con permiso... (*váse por el foro*).

ESCENA VI

Dichos, menos GABRIEL

FORT. Estos muchachos del campo, no entienden nada de nuestras cosas. Ustedes lo han de dispensar: tuavía anda medio despiao... pero es como guachito, de bueno.

DOL. Y no deja de tener su interés el paisanito.

PAL. Sí; el interés de lo exótico...

FORT. ¿De qué?

PAL. De lo poco común (*D^a Fortunata mira sorprendida á Dolores y Gilberta*) De lo poco ordinario.

FORT. Nó; ordinario, eso nó; es muy bien habla; mejor que muchos...

PAL. Por lo demás, me ha parecido un infeliz.

GILB. (*con ímpetu*) ¡Se engaña Vd.! Es modesto, tal vez, hasta humilde... pero no tiene nada de tonto, y sabe hacerse respetar, porque es muy digno.

DOL. *ap.* (¡Que entusiasmo!)

FORT. Sí; todo eso está bueno; pero no me dirás que es como pa andar á los tientos con él por entre nuestras relaciones. Su padre, Indalecio, y él, podían andar acollaraos.

¡No parecen ni prójimos nuestros!

- DOL. Pues yo lo he encontrado un criollito bastante agraciado, y fácilmente educable.
- FORT. ¡Ché! ¡Ché! ¿Y por qué no ponés escuela de criollitos agraciaos? ¡Jesús! si pa vos, no hay bicho de desperdicio, con tal de que tenga figura e Cristo!
- DOL. ¡Qué exajeración, misia Fortunata!
¿A que Gilberta es de mí misma opinión?
- GILB. Yo no puedo ser juez, porque sabés el cariño que tengo á todos los míos.
- DOL. ¡Ah! ¡Ya!
- PAL. ¡Cómo tendrá ambas orejas el Sr. Gabriel en estos momentos!
- FORT. Nó: lo que es yo, no veo la hora de que se vayan á la estancia, porque han venido á solevar la casa.
¿No ven á Indalecio? El «esmoque» que le mande hacer, se lo regaló al gallego, diciendo que él no era loco pa andar con la pechuga blanca como pato casero... y aura, otra vez de poncho, desde que Dios amanece.
¡Y yo hijita que nunca pude pasar el tal poncho!... porque es al ñudo; en lo que una no se ha criaio...
- PAL. ¡Justo!
- FORT. Hablando de otra cosa: Fernández quedó en venir hoy, porque ayer con la llegada de estos... ¡un revoltijo, m'hijita!
- PAL. ¡Ah! ¿Vendrá hoy?...
- FORT. ¡Ya lo creo! Tengo que firmar como presidenta...
- PAL. Firmar ¿eh?
- FORT. Pero Vd. debe saber....
- PAL. (*reponiéndose*) Sí, sí... ¿Cómo nó?... Actas, circulares... Una petición al gobierno...
¡Oh! es urgente, y sin su firma...
Y ¿á qué hora dijo que vendría?
- FORT. Después de la siesta... digo... así, á estas poco más ó menos...
- PAL. ¡Ah! (*sigue hablando con D^a Fortunata*).
- GILB. Mientras Vds. hablan de sus asuntos, yo voy á dar un repaso á mi lección. ¿Querés acom-

pañarme, Dolores? Vos que sos tan buena pianista...

DOL. Con mucho gusto.

PAL. ¡Cómo! ¿Nos privan Vds. de sus encantadoras presencias?

GILB. Ahí tiene Vd. á mamá.

PAL. ¡Ah! ¡Indudablemente! pero...

DOL. Hasta luego.

PAL. (*aparte á Gilberta*) Ha estado Vd. cruel conmigo...

GILB. ¿Cuándo?

PAL. Pero, ahora...

GILB. ¡Vd. sueña! (*vanse por la derecha Gilberta y Dolores*).

ESCENA VII

DOÑA FORTUNATA Y PALEMÓN

PAL. No me quiere bien Gilberta, señora.

FORT. ¡Qué esperanza! Son macaquerías de la muchacha que es medio apajarada.

PAL. Y yo que siento por ella un cariño tan puro, tan...

Mi familia toda conoce mis intenciones.

FORT. ¿Y cuando tendremos el gusto de conocer á su familia?

PAL. ¡Cualquier día!... Ahora como estamos con la casa toda revuelta...

FORT. Alguna mudanza.

PAL. No señora... ¡Oh! Nosotros no nos mudamos nunca... ¡La casa solariega!... Ni por dos millones de pesos nos desharíamos de ella... Así dice Papá: «Aquí nació mi bisabuelo, y aquí morirán mis biznietos...»

FORT. ¡Pues ya habrán muerto cristianos en la casa!

PAL. Ese es el mérito... Es una casa, como si dijéramos, *culottee* por las generaciones.

FORT. ¿Qué?

PAL. Curada, como las pipas de fumar...

FORT. ¡Ah! Sí: como esos pitos negros de los gringos.

PAL. Cabalmente.

FORT. Hay cocinas así, muy humiadoras.

PAL. Pensaba haber hecho el viaje á Europa con los de casa. . . . porque se van; pero después que la suerte me deparó la relación de Vds.; que conocí á Vd., tan distinguida, tan amable, tan buena Señora. . . . A Gilberta, que ha dado un vuelco completo en mis ideas. . . . porque yo era refractario al vínculo. . . .

FORT. ¿Cómo?

PAL. Es decir: que no me tiraba por el lado del matrimonio. . . .

FORT. ¡Ah! ¿Le tiraría pa otro lao entonces?

PAL. Me parece que puedo hablar con Vd. con entera franqueza. . . .

FORT. Sí, Palemoncito; pero así, tan de sopetón.

PAL. ¿Cómo de sopetón! Vd., una señora tan inteligente, tan viva, tan perspicáz. . . . ¿no lo había adivinado?

FORT. Sí, pero. . . .

PAL. Yo necesito una mujer buena, modesta, afectuosa. . . . Vds. tienen que pensar á su vez en que es necesario cierta figuración social, que no la da puramente el dinero.

Vd. es una mujer de genio, de actividad, de carácter, Señora; necesitá Vd. quien la secunde, y como desgraciadamente su marido de Vd. . . .

FORT. ¡Ay! ¡No me hable de ese guaso!

PAL. Pues bien; tiene Vd. que pensar en un yerno de buena familia, relacionado, conecedor de los usos sociales. . . . ¿Me parece que no tiene Vd. queja de mí?

En poco tiempo Vd. ha figurado ya en varias listas de suscripción para fines de caridad! Le han mandado palcos de todas partes; cuantas veces ha tenido Vd. ia puntada inmóvil, ha salido en la vida social de todos los diarios sérios, y ahora, debería figurar fotografiada, en «Caras y Caretas», «La Mujer» y «El Gladiador», en distintas posiciones. Por ejemplo: «La Señora de PiedraCueva saliendo del baño» «La Señora de Piedra-Cueva, comiendo bananas» «La Señora de Piedra-Cueva matando mosquitos» fatalmente, Vd. no pudo aguantar

- el resuello, y la fotografia se desgració»
- FORT. Pero eso es tremendo, Palemoncito; yo no creía que retratarse fuera lo mismo que zambullir.
- PAL. No tanto. . . . pero. . . .
- FORT. Porque á mi me sacó un extranjero que pintaba también con máquina; pero fué como un trabucazo. . . . ¡pum!
- PAL. ¡Ah! sí. . . . sí. . . . pero esos son retratos de tiro rápido, Señora!
Conque, vamos á ver. Es necesario que Vd. haga también algo por mí. . . . A no ser que le sea antipático. . . .
- FORT. ¡Ah! No; eso no. . . . Pero es preciso tener paciencia. . . . Nosotras siempre hemos sido medio lerdonas pal amor. . . .

ESCENA VIII

Dichos y D. INDALECIO y D. TIMOTEO

- IND. (*entrando*) ¡Mentira! ¡No le crea D. Palemon!
- FORT. ¡Jesús! ¡Ya viene este fastidio!
- IND. ¡Aura se está haciendo la remilgada! ¿No es verdá hermano?
¿Te acordás cuando?
- FORT. Ya vas á largar alguna de las tuyas.
- IND. Pero si es verdá, hombre!
Yo no sé si es porque en aquel tiempo tuavia te venia juego. . . . lo cierto es que en cuantito te cante ¡truco! ya me contestaste ¡retruco; y apurada me largastes un ¡quiero! ¡vale cuatro! á) Palemon) ¿Cómo le va amigazo? Y ¿trajo el fuelle ese de sacar retratos? Mire: déjese de gastar pólvora en chimangos, y vamos al corralón á retratar á los fletes. . . . ¿No te parece hermano?
- TIM. ¡Hum!
- PAL. (*ap*) (No me gusta nada el hermano.) . . .
- TIM. (*id*) (¿En qué andaré ese hurón?)
- IND. Y, Gilberta ¿puande anda? ¡Ché! ¡contestá pues!
- FORT. ¡Que se yo! Preguntáselo al sirviente.
- IND. (*ridículamente ceremonioso*) ¡Usted dispense, su sacarrial magestá!

Aura hasta es pecao preguntar por sus hijos....

¡La cevilización!

¿No te parece hermano que es mejor que nos vamos á matiar puel corralon?

Allí podremos por lo menos hablar sin ofender á naides de nuestras cosas.

FORT. ¡Claro! ¡Entre los caballos!

IND. Hacéles asco aura, despues que tu padre don Bartolo, decía á tuito el mundo....

FORT. (*apurada*)—No lo oiga Palemoncito....

IND. (*levanta la voz*)decía á tuito el mundo, que cuando nacistes y quedastes guacha (*D^a Fortunata habla fuerte con Palemon, pero don Indalecio alza la voz*) por la muerte de la finadita, te tuvo que criar con leche de yegua!

FORT. (*fuera de sí*) ¡Mentira!

IND. Por eso que has salido tan escarciadora.

FORT. (*furiosa*) ¡Qué ordinarés! Estará Vd. asustado Palemoncito.

PAL. No señora. Yo no me asusto de nadaLuego, son cariños. . . .

FORT. ¡Ay! ¡A mí, demen jente fina!

IND. Te ha entrao tarde, ché, por la finura. . . . Pues si no te casás conmigo, á estas horas tuavía estabas empantanada en el «Paso é los chanchos».

FORT. ¡Mal criaio!

IND. ¡Clavel del aire!

FORT. ¡Gaucho!

IND. ¡Madama de Ingalaterra!

TIMOT. (*que habrá demostrado su impaciencia durante esta discusión, grita*) ¡He! ¡Basta! que yo no he venido del campo pa ver una riña e gallos viejos!

A usted, comadre, le toca prudenciar y no faltar á su marido; y á vos, mas aicion, y menos trabajar con la sin güesos.

FORT. (*aflijida*) ¡Ay! ¡Era lo que me faltaba! ¿No ve Vd. Palemoncito? ¡Aura le aconsejan que me pegue! (*llora*).

TIMOT. ¡Yo!

PAL. ¡Señora!

- FORT. Pero no lo harás porque tengo quien me defiende. . . .
- IND. ¿Qué dice esta loca?
- FORT. ¿O te has creído que estamos en la estancia?
- IND. (*perdiendo la paciencia*). ¡Cuándo nunca te faltao, condenada!
- FORT. Aquí estamos en la ciudad, y hay polecia, y está Bizléy, y tengo pito. . . .
- IND. ¡Ché! ¿Pero estás loca ó en trúa?
- PAL. Señora. . . .
- FORT. . . . y este señor, y Fernandez, y todas las sociedades filarmónicas. . . (*por don Timoteo*) Ese, . . . ese, es el que te ha puesto la cabeza. . . . ¿No ves? de poncho. . . . ¡como un gaucho! . . . por consejo. . . .
- TIMOT. (*con calma*). Mire comadre. . . . Usté ha de haber comido camambú, que es lo que pone á las ovejas locas. . . .
- FORT. Más loco, será usté. . . . ¿No digo yo? . . . Si está claro. . . . Desde que han venido ustedes, este se me ha alzado. . . . (*á don Indalecio*). Pero ya sabés que todo es al ñudo, porque al fin y al cabo, yo soy la dueña de todo. . . .
- IND. Menos de una cosa, ché. . . .
- FORT. ¡Guarango! (*salen Gilberta y Dolores, derecha*).

ESCENA IX

Dichos, GILBERTA y DOLORES, después GABRIEL

- GILB. ¡Pero qué es esto! ¡Qué barullo! ¡Qué gritos! . . .
- IND. Nada, hombre: tu madre que quiere poner, no puede, y cacarea.
- FORT. Este guaso, y ese otro. . . .
- IND. ¡La viudita! . . . Señora ha llegao á tiempo pa vernos correr el pato.
- DOL. (*reconviniéndolo cariñosamente*) ¡Don Indalecio!
- GILB. ¡Qué desagradable! ¡En presencia de extraños! . . .
- DOL. ¡No digas eso!
- PAL. No creía serlo para Vd. Gilbertita. Además, esto no pasa de una pintoresca escena de familia. . . .
- TIMOT. La verdá que la ropa sucia. . . . (*sale por el foro impetuosamente, Gabriel*).

GAB. Tío... ¿Usted ha mandao esta mañana un médico de animales al corralón?

IND. ¿Yo?

FORT. Él es el que lo necesita.

IND. (con autoridad) ¡Silencio ranas! yo no he mandao á naides...

GAB. ¡Cómo! ¿Y ese que dice Pancho que ha ido á ver los caballos, á sobarles las patas, á abrirles la boca y á pintar en un papel las marcas?

TIMOT. ¡Qué!

IND. Alguno desos como luz pa luña. ¿No sabés que aquí en la ciudá es ansina? Si te descuidás y vas por ahí solo, en un redemente te salen unos endevidos que te evitan pa cualquier cosa, y en cuantito los facilitás, ya te han pilchao sin sentir hasta el caballo de entre las piernas.

¡La suerte que los mancarrones no tienen, ni cinto, ni tirador, que denó!...

¡Ah! mirá; esta carta que han mandao pa tu padre... Ya le saben el nombre, y que ha llegao, y tuito. Yo buscaba á esta (por Gilberta) pa que la leyera... pero tu padre me dijo: «Dejá que venga Grabiél...»

PAL. ¡Cómo! ¿Usted no puede?... ¡Me hubiera usted dicho!

IND. No; no es que no pueda, sino que no sé... La inorancia no es delito.

PAL. (con interés). ¿Y quién firma entónces?

IND. Esta prenda (por doña Fortunata) ¿No le ha oídecir que ella era la dueña? Ella firma por mí, y por quien le dá la gana... por su puesto que á pulso...

(Gabriel que habrá leído con dificultad la carta, hace un movimiento de ira, y extruja el papel, mirando con aire amena: ante á Palemón.)

IND. (notando el movimiento de Gabriel). ¿Qué hay, ché?

GAB. (disimulando y guardando la carta) Nada, nada...

GILB. ¿Alguna mala noticia?

D. TIM. ¿De la estancia?...

PAL. (con gran curiosidad) inundación ¿eh?

GAB. Nada... Cosas nuestras.

TIM. (á Gabriel) Pero...

GAB. (Lleva aparte á don Timoteo y le da cuenta de lo

que dice la carta, llaman á Santiago el cual sale corriendo para la calle. Escena mímica bien marcada).

FORT. ¡Tan pronto!

IND. Sí; ¡como es tan divertida la casa!

FORT. Por tu culpa.

DOL. Bueno.... ¡Haya paz entre los príncipes cristianos! Deben quererse Vds. mucho, cuando siempre se están gruñendo.... ¡Qué viejitos estos!

FORT. Es que....

DOL. Se acabó, ó no vuelvo más. Adiós (*besa á Doña Fortunata y Gilberta, y se despide de los demás dando la mano á Gabriel*).

FORT. Dispensá hijita.... pero vos que también tuvistes, hombre....

DOL. (*despidiéndose y riendo*) No tuvimos tiempo para pelearnos.... Adiós todos.... (*váse por el foro*).

PAL. Encantadora la viudita.... ¿No le parece á Vd.?.... (*á Gabriel el cual lo mira duramente y no le contesta*) (*ap*) (¿Qué yerba habrá pisado este guaso?).

(*Gabriel y Don Timoteo enteran á Don Indalecio del contenido de la carta*).

(*Domingo aparece por el foro*)

DOM. ¡El Sr. Fernandez! (*movimiento agresivo de Gabriel, Don Timoteo y Don Indalecio hácia la puerta*).

FORT. ¡Ah! ¡Qué suerte! ¡Que entre! ¡que entre! (*á Don Indalecio, Don Timoteo y Gabriel*.) Bien podían dejarnos solos.... ¡Qué dirá! ¡Una persona tan decente! ¡Con esas fachas!....

IND. (*claro*) Seguro que se va á desmayar.

TIM. (*ap*) (¡Me estoy por salir de la vaina!)

Aparece Fernandez, por el foro, al verlo Gabriel dá un paso hácia él con un movimiento agresivo que domina inmediatamente, quedando en actitud de hosca observación.

ESCENA X

D^a. FORTUNATA, GILBERTA, D. INDALECIO, D. TIMOTEO, GABRIEL, PALEMÓN y FERNÁNDEZ

FERN. (*Desde la puerta del foro á D^a Fortunata que sale*

á recibirlo) ¡Señora! (*reparando en los demás y ap.*) ¡Diablo! ¡No contaba con que estuvieran estos!

FORT. Adelante, adelante Fernandez. . . ya creía que no venía. . . .

FERN. (*con fingido aplomo*) ¡Oh! Como podía Vd. suponer! El deber ante todo. . . . Señorita (*saludando*) Señores. . . . Ocupadisimo toda la mañana. . . .

TIM. (*ap.*) ¡Ché! ¡Mirá la política destos!

IND. (*id*) ¡No ves los bigotes, como guampa é novillo?

FERN. (*Mirando con desconfianza y hablando como dominado por una emoción*). La caridad. . . . no me deja un momento libre. . . . y luego. . . . Vd., Señora. . . . Se ha hecho Vd. la predilecta de todas nuestras Sociedades Filantrópicas. Ahora mismo, hace un momento, hablaba con la Señora Presidenta de la Congregación de las «Ovejas Inmaculadas», y me decía: «Trabaje Vd. Fernandez, porque la Señora de Piedra-Cueva se haga oveja!

IND. ¿No te digo hermano? ¡Qué honor pa la familia! ¿eh? ¡Oveja!

FORT. Recibí su carta Fernandez. . . . ¿Habrá traido los papeles?

FERN. (*como queriendo variar de conversación*) Si. . . . si Señora. . . . pues las socias. . . .

IND. Serán los vales aquellos. . . . á la cuenta. . . .

PAL. y GAB. (*con distinta expresión*) ¿Qué?

FERN. (*turbado, pero reponiéndose inmediatamente*) ¿Vales? No señor, no. . . .

FORT. (*á D. Indalecio*) Y á vos ¿qué te importa lo que sea?

IND. Tenís razón. . . .

GAB. (*ap*) (Hay que sofrenarse).

FORT. (*á Fernandez*) Pues vamos á ver. . . .

FERN. Más tarde. . . . más tarde. . . . No hay prisa. . . .

PAL. (*pasando del lado de Fernandez*) Papeles de la sociedad ¿eh? ¿Puedo verlos?

FERN. (*erquivándose*) Luego. . . . luego. . . . (*ap y con respecto á Gabriel*) ¡Cómo me mira el tío aquel! ¡Bah! ¡Aplomo!

- GILB. (*que ha reparado en la inquietud de Gabriel*) Pero ¿qué tenés Gabriel?
- GAB. Nada. . . . Una comezón en las manos. . . .
- PAL. (*ap. á Fernandez*) (Señor Fernandez, conozco el juego).
- FERN. (*ap. y sorprendido*) (¿Eh?)
- PAL. (*id*) (Nada; que hay que tirar para todos la cuerquita).
- FERN. (*id*) (Cállese Vd.)
- PAL. (*id*) (¿Entendidos entonces?)
- FERN. (*id*) (Entendidos.) (*toda esta escena muy breve*).
- FORT. ¡Fernandez! ¡Cómo si no hubiera nadie!
¿Entiende Vd? Puede desembuchar no más. . . .
- FERN. ¿Cómo? ¿Qué?
- FORT. Los papeles esos. . . . Aquí hay todo pa escribir. . . . y aunque no tengo los anteojos. . . . pero Vd. me hace con la uña así donde deba firmarlos y. . . .
- FERN. (*Receloso y buscando en todos los bolsillos; al fin saca unos papeles*). Pues, los papeles. . . . Aquí están. . . . en. . . . pero. . . . (*los pone sobre la mesa tendidos, siempre bajo sus manos*).
- IND. Eso es. . . . Echale firmas no mas á la juria, como quien marca ajeno.
- FERN. ¿Qué?
- PAL. No. . . . pues la Señora. . . . tiene muy buena letra. . . . ¿A ver los papeles?
- FORT. (*cubriendo con las manos los papeles*) ¡No se puede! ¡Vaya con el antojo! Parece mujer de zonzo, y primeriza. . . .
- GILB. ¡Mamá!
- FORT. No se pueden ver. . . . ¡vamos!
- GAB. (*impetuosamente*) ¡Pero yo sí puedo verlos!
- FERN. y PAL. ¡Usted!
- GAB. (*con energía*) ¡Sí: yo!
- FORT. ¡Pero muchacho!
- FERN. Es cosa privada.
- IND. ¿Y pa mí también?
- FERN. ¡Caballeros!
- PAL. ¡D. Indalecio!
- GAB. ¡Vamos pronto! (*agarrando por el hombro á Fernandez*)

ESCENA IV

LOS MISMOS y SOFANOR

SOFANOR

Me parece que he llegado en mal momento.

AZUCENA

Venga, tío.

SOFANOR

¡Qué calor, doctor, eh? (*Con intención.*)

CENTENO

¡Ahora estará más fresco, don Sofanor!

SOFANOR

No me diga, doctor. La culpa de todo la tiene Cándido. Levita por la mañana, levita por la tarde, levita por la noche, y venga yo a sudar las veinticuatro horas. Estaba condenado a levita perpetua.

ESCENA V

LOS MISMOS y DOÑA MÓNICA

MÓNICA

Buenas tardes.

CENTENO

Buenas tardes.

MÓNICA

¡Cómo le ha ido de paseo, doctor!

CENTENO

Muy bien, señora, me ha gustado mucho.

MÓNICA

¡Le hiciste conocer la quinta de la comadre Purificación!

SOFANOR

No ha quedado nada sin ver.

CENTENO

Don Sofanor había sido muy relacionado en esos lugares.

MÓNICA

Como que ese es el campo de sus fechorías. No hay bicho viviente que no lo conozca por allí; pero no hay que felicitarlo por las relaciones, a cual peor.

SOFANOR

¿Ha visto, doctor? ¿No le dije? Es inútil, aquí no se puede vivir decentemente.

ESCENA VI

LOS MISMOS y DON CÁNDIDO

CÁNDIDO

(Entrando.) ¿Sabe que había sido guapo, doctor?

CENTENO

¿Por qué, don Cándido?

CÁNDIDO

Pasearse con semejante sol. Se conoce que es usted porteño.

CENTENO

No tengo costumbre de dormir siesta; y aquí, si uno no duerme siesta, no tiene con quién conversar.

CÁNDIDO

Y nosotros, si no dormimos siesta, no tenemos de qué conversar. De ahí salen todos los temas y murmuraciones políticas. Usted no se imagina las maquinaciones políticas que se fraguan en el reposo de la siesta. Yo creo que si el gobernador no durmiese siesta, cumpliría mejor su palabra y la política andaría más derecha.

CENTENO

¿A lo que parece aquí tampoco es muy limpia la política?

ESCENA I

GAB. (*cantando en la guitarra*)

Yo he visto nacer el día,
Después de una noche oscura,
Como tras una amargura,
La aurora de una alegría.
En medio de la agonía,
He visto que una alma fuerte,
Le hacía un quite á la muerte
Con el desdén más profundo,
Probando que en este mundo,
Quien lucha, vence á la suerte!

GILB. (*como para sí y siguiendo su trabajo*) «¡Quien lucha vence á la suerte!»... Y quien no lucha también; porque al fin y al cabo, quien no se resiste á nada, ha vencido el más grande obstáculo de su propio destino: sus preocupaciones.

GAB. ¿Estás rezando, Gilberta?

GILB. Estoy comentando tus décimas, Gabriel.

GAB. (*acercándosele y sentándose casi á los piés de ella*) Pero decime, hermanita: ¿No te parece como si hubieras nacido de nuevo, desde el día en que has entrao á tu estancia vieja, pobre y humilde, eso sí; pero tranquila, honrada y alegre, y en la que todos te rodean, te quieren y te respetan?

GILB. Después de muerta, también una es querida y respetada...

GAB. ¡Bah! Ya empezamos con los extremos... ¡No es pa tanto, hombre!... ¡Caramba! Te parecía más lindo, con tal de dar gusto á las faramalladas de la ciudá, verte en la exposición de ser tomada pa la diversión por cualquier botarate de esos, que quién sabe hasta que batuque las había llevao?...

GILB. Bueno... No hablemos más de eso...

GAB. Pero...

GILB. Así lo hemos convenido, y así debe de ser, para la paz de todos.

GAB. El caso es que no te puedo ver (á vos sobre todo), tristonaa, lagrimiaando y conversaãdo sola por los rincones... Te hemos traído todo: tu piano, tus libros... hasta ese baulerio de perendengues y plumachos, como pa poner tienda, que les habian encajao las madamas. A mi madrina no le hago caso, y en ocasiones hasta me divierte verla hablar de las sociedades en que era como gobierno, por su plata, porsupuesto, y enseguida olvidãndose de sus grandezas, agarrar un tacho con comida pa llevarles á los chanchitos del chiquero, que dice que quiere como á hijos... pa comérselos el dia menos pensao... Pero vos... Decime ¿qué pensabas seguir haciendo en la ciudad?

GILB. ¡Qué sé yo!

GAB. Mi tío Indalecio no queria saber nada de ella. Nosóttros teníamos que cuidar de nuestros intereses... Eran Vds. dos mujeres solas, sin mas relaciones que las que pudieran agenciarles los explotadores...

GILB. ¡Vuelta!... ¡Por qué no seguis cantando?

GAB. ¡Si lo hago tan flero!

GILB. No le hace. A mí me gusta.

GAB. (*poniéndose de pié y animándose*) ¿Endeveras?

GILB. ¿Y por qué te lo había de decir si no fuera cierto?

GAB. Entonces... (*va á tocar la guitarra*).

GILB. ¡Ah! Pero mirá... No cantés cosas tristes... Para tristezas me basta con encerrarme á solas con las mias... (*se levanta y baja á la escena*).

GAB. ¿Y si le dijera que yo tampoco encuentro, ni me nacen de aquí adentro alegrías?

GILB. Diria que te he contajiado.

GAB. Y ha de ser no más... porque mirá... yo que cuando estaba lejos, te codiciaba como á calor de sol en un día de invierno... aaaa, después de lo que ha pasao, y cuando te veo callada y pensativa, siento entre mí, como si en una mañana de esas tristonas y ñublãdas, se levantara la helada y me agarrára sin poncho.

GILB. (*que estará ocupada de las plantas*) ¿No ves?

GAB. Entonces es mejor que dejemos la guitarra en el rincón en que está calladita, con sus tristes y sus camperas adentro...

Mirá... á veces creo que yo también soy medio alocao... pero te vas á rair si te digo lo que pienso de este instrumento.

GILB. (*volviéndose hacia él*) Y ¿por qué me he de reir? Decímelo no más... tal vez me interese...

GAB. Pues güeno, escuchá: Un día estuve en el pueblito, y fui á visitar al señor cura, que fué el que me bautizó.

Nunca había visto dar la comunión, y en mi inorancia, le pregunté al padre, por qué hacían tanta historia pa sacar y guardar un copón ansina de oro, que tenía adentro lo que le ponían en la boca á los cristianos.

«¡Es que ahí está el espíritu de Dios!» me dijo. ¡Una cosa tan grande en una cosa tan chica!

Me vine pensando en eso, y en la travesía pa la estancia, á la noche, cuando miré el cielo negro y clavetiáo de estrellas, y vi por delante una sombra que no tenía fin, y oí en el vientito que corría, levantando ruidos que venían de tuitas partes, una cosa como si fuera el resueilo del campo, me raí del cura, y me dije pa mí mesmo: «¡Se conoce quel padre no ha cruzao de noche la pampa!

(*Gilberta lo mira y escucha con creciente interés*)

Llegué á las casas, y templé el instrumento; me senté bajo la ramada, y toqué y canté hasta que nació el lucero cerquita del amanecer... Me había acordao de vos, Gilberta,—y no me dá vergüenza de que lo sepás... ¡había lloraó!.. Te dire más... besé estas cuerdas que sonaron como suspirando bajo mi boca... Entonces llevé la guitarra allá adentro, ande he clavao el pañuelo de seda que me distes, pa colgarla como en un altar, y pensé pa mí: «Ha de tener razón el cura, porque el espíritu del amor está en la guitarra!...

¿Por qué me mirás ansina y te rais?

GILB. Porque... porque me hacés pensar en cosas muy raras, Gabriel.

- GAB. ¿Endeveras?
GILB. Sí.
GAB. ¿Y en qué pensás?
GILB. No se puede decir...
GAB. Decilo no más... sino me vás á ofender....
GILB. Nó... si no es ofensa... por el contrario.
GAB. (*con gran interés*) Decímelo entonces (*signo negativo de Gilberta*).
¿Te lo pido por lo que más querás!
GILB. Te basta con que yo lo piense.
GAB. ¿Te has hecho mala, Gilberta!
GILB. ¿Por qué?
GAB. Porque me hacés pensar...
GILB. Consolate, acordándote del refrán...
GAB. ¿Cuál?
GILB. (*con coquetería*) «Quien bien te quiera»...
GAB. (*fuera de sí de alegría*) ¿Pero si eso no es cierto!
GILB. (*bajando los ojos*) ¿Qué sabés vos?...
GAB. (*con pasión*) ¡Gilberta! (*Aparece por el fondo doña Fortunata.*)

ESCENA II

Dichos y DOÑA FORTUNATA, vestida de campesina

- FORT. ¡Todas, todas culecas! ¿Ande han aprendido á cuidar gallinas estas gentes?...
Y ni las echan, ni las zambullen en agua fría, que es el modo de refrescarlas...
Todo esto anda al revés.
El jardín es un puro yuyal...
Pero ¿que hacian?...
- GAB. ¿Nosotros? Cuidar los animales, madrina.
FORT. ¡Buena ocupación!...
(*á Gilberta*) ¿Te acordás de la mata de ruda, tan linda... y aquel clavel de viso que puse de gajo en una?...
- GILB. (*interrumpiéndola*) Sí, sí, ya sé.
FORT.desportillada?... Y de aquel cedrón tan lindo, y la malva fina, y el floripondio?...
¿Ni pa remedio!
- GAB. Las heladas madrina, han sido fuertes.
FORT. Sí; ¿y la vaca negra, que era... con perdón sea dicho, como una señora?... ¡Chúcara hi-

jita!... ¿Te acordás que la ordeñaba sin maniar?... ¡Andá aura y acercate! Cabecea en el palenque, y aunque la maníes con el cinchón, se pone como vívora, inquieta y movediza, y escuende la leche... lo propio que muchos ricachos de la ciudá cuando les van á pedir limosna... Y á propósito: ni una carta de las amigas, ¿eh?

GILB. Nada, mamá.

FORT. Aquí decime mamita... ya no estamos entre gentes, ¿no te parece, Grabiél?

GAB. (*riendo*) Es verdad, madrina.

FORT. Hasta las adulonas de las mellizas, que hablaban como en la novena, repitiendo una lo que decía la otra y siempre lo mismo... ¡Hasta esas! ¡La verdá es que estoy por creer que nos habían tomao pa la butifarra!

GILB. ¡Jesus! ¡Mamita!

FORT. (*á Gabriel*) ¿No te parece, ché?

GAB. No tanto como eso madrina; pero creo que mejor están acá... .

FORT. ¡Lo que es Vds. están en sus glorias!... Saliéndose con la suya los hombres, ya se sabe... .

GAB. No es por eso... .

FORT. Y si no hubieran sido aquellos atrevidos... .

GILB. Bueno mamita. No nos acordemos ahora... .

FORT. ¡Ah! Pues yo me acuerdo siempre... porque fué una burla... como pa hacer creer que yo era una bruta que firmaba á pulso... y todo porque no tenia los anteojos, que de no... ¡Qué habrá dicho Chauchini! ¡Pobre! ¡Tan bueno el extranjero! Y dejarlo esta con la boca negra!... .

GAB. Ya se la habrá limpio con sus pesos, madrina. Lo que él sentirá, será la mina que ha perdido; pero como dice esta: es mejor no acordarse... .

ESCENA III

Dichos y SANTIAGO que entra vestido de gaucho, con espuelas, regueando, con una venda sobre un ojo, y la mano izquierda envuelta en un pañuelo.

SANT. Cun permisu... (*sorpresa y risas de todos*).

FORT. ¿Pero deande salís, condenaó, con esa facha?

SANT. (*con suficiencia*). Venju de dumar.

GILB. ¿Que?

SANT. Si Señura. El patrún me rejalú una yejua—
cun perdun de Vds.—con tal que la muntára—
dispensandu el mudu de hablare.... Peru las
yejuas—sin ofender á naides—son mas bella-
cas que lus caballus.
¡Parecen cristianas! Aunque es mala la cumpa-
ración.

FORT. ¿Y la domastes?

SANT. ¡Cá! ¡Nu señora!... Me ha hechu de tudu....
Me ha tiradu, me ha murdidu, me ha pateadu,
me ha....

GIBL. Bueno, bueno....

SANT. ¡Ah! Peru yu tambien le he hechu lu mismu...
¡Nu he pudidu pur menus!
Me olvidé de lu que dicia el Cura de mi lujar:
«Ninjun hombre, debe levantare gamás la manu
á una mujer, ó lo que es lo mesmu, á una per-
suna del seso sustantivo....» ¡Ah! peru yu nu
se la levanté tampucu, porque le peje cun lus
pieces.

GAB. Pero quien te metió á gaucho.

SANT. ¡Nu hay mas dun Jrabiél! En el campu hay que
ser campisinu, y ú me matan las yejuas, ú
me haju estancieru.....

GAB. ¡Ansi me gusta, Santiago! Allá en la ciudá,
á fuerza de ser el esclavo de tus patrones, ha-
brias llegao á juntar cuatro riales pa irte á
tú tierra á seguir tú miseria. Aquí tenés cam-
po....

SANT. Nu: lu ques pur campu nu se ha de quedar.
¡Castañas! ¡Si estu es cumu en alta mar!

FORT. ¿Y te duele?

SANT. ¡Nu Señura! me escuece sulamente. Peru mas
le dulerá á ella, porque yu dunde peju....
cuidiau con miju! El patrún dun Indaleciu,
cun el patrún dun Timuteu, me mandarun hoy
á decir, que iban á la estaciún, á contestare á
un teléfono urgente, que es cumu si digera-
mus: atrasadu....

FORT. ¡Ah! Bueno.

SANT. Y que vuelven, infinitamente...

FORT. Bueno.

SANT. Y esta carta la dejó el correu esta mañanita para la señorita... yu, cun la dumada, la ulvidé... El correu nun quisu decir de quien era.

GILB. Trae para acá...

SANT. Bueno pues; cun permisu de Vds., voy á pur la injundia de jallina que me ha ufrecidu Marmerta, para darme una fricaciun en salva sea la parte.

FORT. Bueno, bueno, hombre!...

SANT. ¡Y lu ques la yejua!... vamos á ver quien es mas brutu!... Pues si la ajarru pur el cujote... (*váse rengueando y profiriendo amenazas contra la yejua*).

ESCENA IV

DICHOS, MENOS SANTIAGO

FORT. (*por la carta*) ¿Es de la ciudadá?

GILB. No sé... creo que sí.

FORT. Será de las mellizas...

GILB. (*con indiferencia*) Tal vez.

FORT. ¡Que poca curiosidá!

GILB. No espero nada...

GAB. (*con alegría*) ¿Será cierto eso?

GILB. Si esperára y me interesára, ya la habria abierto. ¿Quién me lo iba á impedir?

FORT. Tal vez traiga noticias...

GILB. No tengo curiosidad de nada. Mas aún: hubiera deseado que no me hubiéran escrito... y siento tentaciones de echarla al fuego sin abrirla.

FORT. Harías mal. Quien sabe si no es de Chauchini y nos cuenta...

GILB. Pues no quiero saber nada. ¿Con qué objeto? Aquello es para mí un sueño, y no quiero empecinarme en vivir soñando.

GAB. (*gozoso*) ¡Así te quiero oír hablar, Gilberta!

FORT. ¡Amalaya le dure!

GAB. ¿Y porqué nó, madrina?

FORT. «Porque el que probó matambre».
«Siempre dice qué tiene hambre».

- GAB. Sí, pero hay otro versito que dice:
«Pal pago del domador,
No hay redomón volvedor».
- FORT. ¡Ché! ¡No es pa tanto! . . . ¡No nos fué tan mal!
- GAB. ¡Tuavía, madrina!
- FORT. ¡Pillos hay por todas partes!
¿No hay en el campo cuatrerros?
- GAB. Sí; pero esos andan escondidos en los pajonales; roban cuando naides los vé, y aunque son como luz pa los animales estraviaos, ú las puntas cortadas de algún rodeo, no se le meten á uno en las casas y se le atreven hasta al honor de las mujeres.
- GILB. ¡Quién te ha dicho! . . .
- FORT. Bajá la prima ché, porque á mí, naides me atropelló, ni anduve en peligro de nada. . .
- GAB. Si lo creo, madrina. . . Mire es mejor no alegrar de estas cosas. . . Voy á dar un vistazo por el galpón de la trasquila. No les tengo mucha fé á los piones nuevos, y tengo hoy una majada de caras-negras, que no quisiera que por andar á la juria me les jueran y cortar. . .
- Gilberta. ¿Querés que te haga ensillar el rosillo?
- GILB. Veremos. . . No estoy todavía resuelta. . .
- GAB. Como querás. . . Hasta luego. (*Váse por el foro, derecha*),
- FORT. Yo también me voy. . . Tengo que arreglar una barbaridá de cosas. . . Ese gallinero es un bochinche. ¡Parece un patronato! Puritas culecas ó peliadoras. . . y me han dejao criar cuatro gallos, que cada cual aura quiere ser patrón. . . ¡No me digás hijita! . . . ¡Esto es un pericón mal bailao! . . . Voy á ver si la negra esa me ha preparao la tina pa las gallinas. . . Quién había de decir. . . que yo, enfundadora y Presidenta nonata de la Sociadá de las Madres Libres, había de andar afanada por refrescar á las gallinas, pa que se les quite la manía. . . de sacar pollos. (*Váse foro izquierda*).

ESCENA V

GILBERTA sola, luego GABRIEL

GILB. (*sentándose desalentada bajo el ombú!* Esta es la

consecuencia de pretender elevarse sobre el nivel moral de los suyos.

Todos están de nuevo en su elemento... todos menos yo; yo que traigo el contagio de aquello que he entrevisto y cuyo recuerdo entristece mi alma, haciéndome imposible para nada, porque todo me repugna y todo me hastia.

Todos se van á sus quehaceres, ó siguen la corriente de sus gustos, y yo me quedo sola, sola con mis sueños imposibles!...

A veces creo sentir hacia... No sé explicarme... y sin embargo su lealtad es el único apoyo en esta soledad...

¿Para qué me habrán escrito, y quién me escribirá?... -

(*Va á abrir la carta*) ¡No!... ¡No quiero saber nada!...

¿Quién? (*entra Gabriel, derecha*). ¡Ah! ¿Ya de vuelta?

GAB. Si, Gilberta; tuavía no han echao la majada al corral... y como me ha parecido verte medio tristona.

GILB. ¿Yo?

GAB. Mirá Gilberta; no quisiera por nada del mundo ser la causa... Aquello sucedió porque había que poner remedio...

GILB. ¿Y á qué viene esto ahora? ¿Quién te pregunta?...

GAB. Ya lo sé, pero es que yo ando como ahogao y tengo que decirlo.

GILB. Bueno hombre, pero no hay necesidad....

GAB. Es que vos no me conocés.... Ansina, sin saber hablar como vos, y con esta facha de paisano.

GILB. ¿Pero qué tiene que hacer todo eso?....? ¡Bah! No seas cargoso.

GAB. Es que no quiero que vas á pensar, que por angurria mia por vos, he dao en la ciudá el golpe que aclaró las cosas.

GILB. ¿Y quien te ha dicho que yo pienso así?

GAB. Será mi desconfianza.... ó tal vez.... en fin: fué la Providencia la que hizo todo.... yo es-

taba receloso—pa que te lo voy á negar—pero sin que vos me lo ordenáras, yo no había dao un paso. . . . Después deso, ¿Ánde iba á averiguar nada, cuando yo mesmo andaba alli, como gallo en corral ajeno?

Los endevidos aquellos. . . . eso si: pa que te voy á decir una cosa por otra— me habian sentao como patada en la boca el estómago. . . . pero yo, los aguaitaba callao, esperando el momento, como perro retobao, de esos que muerden sin ladrar. . . .

GILB. Pero ¿y á qué me contás todas estas cosas? Vuelvo á decirte ¿Te he preguntado yo algo?

GAB. Con la boca no, Gilberta, pero en tu silencio hay una cosa que á veces se me viene encima con mala intención. . . . Mirá: los hombres de campo, á juerza de vivir en el peligro, tenemos un sentido que, aun que es mala la comparación, es lo mesmo quel olfato de los perros.

GILB. Pues debés estar resfriado, Gabriel, porque esta vez tu olfato. . . .

GAB. Jugale risa cuanto querás; pero vos sabés que no ando errao.

Aquellos locos. . . . ¿Ánde habian de dir con su pastel? A lo de Don Pedro Ponce, el apoderao de mi padre, que tambien hace negocios de tablada. En cuanto vió la marca que llevaban pintada pal trato de la hacienda, hablandolé de una venta de que nadita le había dicho mi padre, coció el hombre, y ya le escribió á la juria. La suerte que los viejos no saben ler, que de nó, echan á perder la jugada.—Como yo medio deletreo, me endilgaron la carta, y ahí tenés lo que sucedió.

¿Te incomodo con decirte esto?

GILB. No hombre; es que como ya no tiene interés. . . .

GAB. Es claro: despues que se les hizo desembuchar. . . . Lo que es aura no se quitan por nada unos añitos de carcel.

GILB. ¡Años!

GAB. ¿Y de nó?

GILB. ¡Es una crueldad!

GAB. Ansina es; y lo que ellos iban á hacer con us-

tedes, eran tortas fritas con azucar encima ¿no?

GILB. Bueno. . . . Pero como todo se ha remediado. . . .
¡Si yo pudiera pedir!

GAB. ¡Tu corazón es bueno pa los que te hacen daño,
y cruel pa los que te quieren!

GILB. No sé de donde sacás eso.

GAB. De aquí adentro, Gilberta.

GILB. (*riendo*) ¡Vamos! Tendré que encomendarte á
mamá, para que te aplique su remedio de las
gallinas.

GAB. No habrá necesidá, porque yo soy muy hombre
pa sufrir y callarme.

Pero antes te de decir una cosa. Aquí hay dos
vidas que empiezan y que van á perderse sin
servir pa nada, cómo agua en un arenal: La
tuya en el aburrimiento, y la mía en el sufrir.
Sos muchacha, sos linda, sabés más que mu-
chos hombres; pero te has echao á muerta al
empezar el camino, porque has encontrao una
zanjita de nada.

Yo también soy mozo, no le tengo envidia á
naides pal trabajo, no he faltao jamás á mi de-
ber, y creo que tengo un corazón como el me-
jor. . . .

Todo esto debe ser menos que una pitada de
cigarro, cuando tirao al suelo como poncho á
tus pies, pasas por otro lao, sin pisarlo y sin
siquiera darme las gracias. . . .

GILB. Pero ¿á qué viene todo eso?

GAB. Si yo no fuera un cristiano dejao de la mano
de Dios, dirías vos: «Velay una buena aición
que puedo tuavía hacer, y quien sabe si con
provecho propio. . . . Enseñarle á este lo que
no sabe, pa que despues nos podamos enten-
der los dos sin que yo lo tenga en menos, ni
quel se encuentre apocao conmigo. . . .»

¿Ves? . . . Esa sería tal vez una obra mejor que
sacar pícaros de la cárcel. ¿No te parece?

GILB. Bueno. . . . ¿Y después?

GAB. Después. . . . Y ¿qué más te voy á decir, her-
manita? Si ya no me as entendido, será ó
porque soy muy enteramente bozal pa expli-

- carme, ó porque no tenés alma pa entenderme.
- GILB. No, Gabriel.... Demasiado te he entendido, y te juro que tus palabras me han.... conmovido....
- Tal vez tenés razón.... Enseñar, educar.... esa sería mi misión.... pero; ¡aún estoy tan turbada! ¡He sufrido una emoción tan violenta! ¡Mi ánimo está tan inquieto!.... ¡Perdonáme!
- GAB. ¡Yo!
- GILB. Sí.... ¡Perdonáme!.... ¿No ves?.... Mirá en mi una enferma, que acaba de pasar por una crisis espantosa.
- GAB. ¡Pero si así te estoy tratando!
- GILB. No me apurés.... Vos tenés una alma generosa.... lo sé.... lo veo.... pero respetá mis cavilaciones.... mis tristezas.... hasta mis recuerdos!....
- GAB. (*con énfasis*) ¡Eso es lo que me condena!
- GILB. ¡No! ¡Si no es lo que vos crees! ¿Querés que te diga una cosa, Gabriel? Pues bien: nadie como vos ha sabido encontrar el camino de mi corazón....
- GAB. ¡Gilberta!
- GILB. Sí; porque vos, sin saberlo, has hecho con tus palabras rústicas, pero inspiradas y sinceras, una gran luz en mi espíritu.
- GAB. ¡Yo!....
- GILB. Escuchá.... ¡No he amado á nadie! No sé si Dios me concederá la dicha de poder amar....
- GAB. ¿Entonces aquel?....
- GILB. No digas pavadas....
- GAB. ¡Endeveras!
- GILB. (*mimosamente*) ¡Sonso!....
- GAB. ¡Que peso me sacás de encima! ¡Todo lo demás no me importa nada!....
- GILB. ¿No ves? Ahí está el egoísmo humano. No te importa ocupar un lugar en mi corazón, con tal de que no lo haya ocupado otro....
- GAB. Porque ó he de llegar á ser dueño del, ó mientras esté libre, como pa mí será lo mismo que un agrario, he de estar tuita mi vida arrodillado delante del!....

ESCENA VI

Dichos, DOLORES (*con traje de viaje*) y D. INDALECIO y
D. TIMOTEO (*foro derecha*)

DOL. (*corriendo hacia ella y abrazándola*) ¡Gilberta!

GILB. (*id*) ¡Dolores!

IND. Aquí la tenés. ¿No ves? Este era el telefono que íbamos á contestar á la estación.

TIM. ¿Como estabas tan tristona....!

GILB. ¡Qué agradable sorpresa!

IND. ¡Velay! ya tenés compañera, y con más casca-
beles que carro e mercachifle.

DOL. Que D. Indalecio; siempre igual.

IND. No hijita. Aquí estoy mejor. Allá era puro rezongar como pava en el fuego.... Aquí ni hablo, porque ando de un lao pa otro y en mi elemento.... Ya ni nos peliamos con la vieja.

DOL. ¡Ah! ¿Y tu mamá?

GILB. Con las gallinas.

IND. Sí: ahí anda media culeca también....

DOL. ¡Que cambio!

GILB. Si hija.... aquí vida nueva.

IND. ¡A lo que te criaste!

GILB. Pero ¡cuánto te agradezco!

DOL. ¡Bah! ¡No digas eso! ¡Qué lindo es todo esto!

TIM. ¿No es verdá? Vaya comparando con aquella sofocación de la ciudá, y aquellos....

DOL. ¿Y tu primo?

GILB. Ahí lo tenés.

DOL. ¡Ah! ¡Qué es esto! ¿También acá se hace Vd. el esquivo? ¿Como le vá á Vd?... (*ap*). (Me parece mejor aquí que en la ciudad).

IND. Ché, Grabiél.... La viudita me preguntó por vos apenas llegó. ¡Y tarjando!....

GAB. ¡Por mi!

DOL. Pregunté por todos.... No sea Vd. malicioso D. Indalecio.

GAB. No le haga caso, Señora. Son bromas de mi tío.

DOL. (*á Gabriel*) ¿Y cómo ha encontrado Vd. su estancia?

GAB. Muy lindamente, Señora.

DOL. ¿Ha visto Vd. mi campito?

- GAB. ¿El que arrienda Ibarlucea?... Si toditos los días paso por ahí....
- DOL. Tenemos que hablar sobre esc. Tengo mis ideas.
- IND. ¡Mirá la viudita! ¡También quiere meterse en negocio de cuernos!... ¡Hace bien, amigaza!.... ¡Es el negocio del país!
- DOL. Allá veremos.... Vd. me va ayudar (*por Gabriel*) No lo tomarés á mal Gilberta! ¿No es verdad?
- GILB. Yo.... ¡estás loca!
- DOL. No.... porque como podría suponerse.... (*ap. por Gabriel*) (Educándolo y refinándolo un poco....)
- GILB. (*ap.*) (Esta viene de mano armada.) ¿Te gusta sentarte aquí ó adentro?
- TIM. Pero Grabiél, quitale esos estorbos á la moza, y arrimale una silla....
- GILB. Eso es.... Sacate el sombrero.
- IND. Si; aquí las mujeres andan sin capacho.... Hasta Mamerta la negra tiró el suyo á la juria, dende un día que el rosillo viejo la vió, y arrancó la estaca asustao, y hubo una disparada.... Al revés de nosotros, que no nos lo sacamos ni pa dormir.... Cosas de paisanos ¿eh?
- TIM. Andá Grabiél, hacé bajar del carretón los bultos de esta joven....
- GAB. Con su permiso (*váse, fondo, derecha. Dolores lo sigue con la vista*).
- DOL. (*ap.*) (Elegante el paisanito).
- IND. Y aura ¿un vaso de leche? ¿un churrasco?.... ó....
- DOL. ¡De todo! ¡Traigo un hambre!
- IND. ¡Pues aquí, hijita, naidés se muere de eso (*llama*) ¡Santiago!
- GILB. Si anda domando, tatita.
- DOL. (*riendo*) ¿El gallego?
- IND. Si señora, el farruco.... Y se ha e salir con la suya, porque es muy hombre, y yá lo ha dicho: ¡Ó con muletas, ó con estancia! (*á D. Timoteo*) Anda vos, hermano y decile á Mamerta....
- DOL. No se incomoden.
- TIM. ¡Diande! (*váse por el interior de la casa*).

IND. Pero ¿qué será de la vieja?... Cuando menos se me ha echao en algun nidal.... Voy á cambiarla po entre las viznagas.... (*váse, foro izquierda*).

ESCENA VII

GILBERTA y DOLORES (*sentados bajo el ombú*)

DOL. ¿Y? ¿Estás más tranquila, querida? ¿Qué escándalo aquel!

GILB. (*con disgusto*) Bueno.... No hablemos....

DOL. ¿Recibistes mi carta?

GILB. ¡Tu carta!.... Como no sea una.... Esta....

DOL. Esa es.... ¿Cómo! ¿No la has abierto?

GILB. Hace un momento....

DOL. ¡Bueno anda el correo!.... ¡Por poco no la traigo yo misma!

Pues abrila.... Pero es inútil. En ella te decía que el mismo día.... aquel memorable en que se descubrió la estafa.... bueno.... Ese mismo día, se publicaba en un diario de la tarde tu noviazgo con Palemón.

GAB. ¡Cómo!

DOL. Sí; ahí te mandaba un recorte del diario.... Dame (*por la carta*) trae acá.... Si es muy divertido.... Es este.... dice así:

«CASAMIENTO—Entre breves días, se celebrará la boda de nuestro colega y amigo, el conocido y apreciado escritor, poeta y distinguidísimo jóven D. Palemón Castaño, con la hermosa Señorita Gilberta Piedracueva....

GILB. ¡Jesús!

DOL. Oye:

«hija del acaudalado estanciero D. Indalecio Piedracueva, uno de nuestros más estimados y acreditados criadores dél Sud, y de la Señora D^a Fortunata Cachon de Piedracueva, la caritativa y generosa matrona que tanto se ha distinguido en estos últimos tiempos, como fundadora y propagandista de varias sociedades filantrópicas. La boda....»

GILB. ¡Basta, basta por Dios! ¿Qué infamia!

DOL. ¡Pues si yo creía que ya lo habías leído!...

(*Mamerta trae dos grandes vasos de leche*). ¡Mamerta!

MAM. ¿Cómo está niña Dolores?

DOL. Muy bien, hija, ¿y tú? . . . Pero ¡caramba! ¡Aquí todo el mundo engorda! . . .
¡Estás lustrosa!

MAM. ¡Qué niña esta!

GILB. Ponelos ahí (*por una mesita*) (*ráse Mamerta*).

DOL. Pues el mismo día, en la última edición de ese mismo diario, venía este otro suelto:

«UN NOVIO RASPA: Cuando en las primeras ediciones de la mañana, dábamos la noticia del próximo casamiento de un pobre degenerado, que alguna vez merodeó por las gaceticillas de los diarios, con pretensiones de periodista, estábamos muy ajenos de lo que vamos á relatar en seguida á nuestros lectores, y que uno de nuestros activos *reporters* nos comunica por teléfono, en momentos de cerrar esta edición.»

GILB. ¡No leas más, por piedad! ¡No ves que me estás haciendo un daño horrible! . . . ¡Qué vergüenza!

DOL. Por supuesto que este escándalo ha sido la comidilla de varios días. . . . El retrato de tu mamá, que había hecho publicar el mismo *Pa-lemón*, con motivo de no se qué explotación caritativa, se reprodujo con el título de: «La madre de la víctima».

GILB. ¡Oh!

DOL. Por el tuyo, se permitieron hasta ofrecirme dinero, y tuve que robárselo á las mellizas, que, entre «¡Qué ocurrencia!» y «¡Jesús! ¡Qué ocurrencia!» ya estaban muy en ello de que pedían hacer su negocito con alguna revista novedosa.

Después, se ha dicho que te metías de monja, y que habías intentado suicidarte con una disolución de Buffach, en vino Cordero.

GILB. ¡Qué áscro y qué miseria!

DOL. Cosas de la ciudad, hijita. . . .

GILB. Ahora veo claro. . . . Sí, sí. . . . ¡Tiene razón!

DOL. ¿Qué dices? ¿Quién?

GILB. Ya verás. . . . Has llegado á tiempo, ó por mejor decir: Dios te ha enviado para impulsarme en una gran obra de amor y de regeneración.

DOL. ¡Gilberta! ¡Nunca te he visto así!

GILB. ¡Si nunca me has conocido!

ESCENA VIII

Dichos y D^a FORTUNATA que saldrá con delantal y con las manos tiznadas y abiertos los dedos como si temiera mancharse.

FORT. (*gritando desde el foro*) ¡Ande está esa pueblera!

GILB. (*rápidamente y ap. á Dolores*) ¡Ni una palabra!

DOL. (*id*) (Está tranquila) ¡Señora! ¡Venga para acá!

FORT. ¡No! ¡No te acerqués, ni me besés, porque estoy intransitable!

DOL. (*abrazándola cariñosamente*) ¡Qué me importa! ¡Siempre Vd. con sus coquetearias!

FORT. Si estaba en la cocina, hijita. . . . ¡No ves que olor á humo? Probaba el caldo porque esa Marmerta, no tiene paladar. . . . yo creo que estos negros tienen la lengua seca como los loros! . . . ¡Pero que buena moza venís, mujer! ¡Este vestido es nuevo, ché? . . . ¡Te lo hizo la Pechigrás? . . . ¡Muy bonito! . . . Aquí, hijita, puro percal. . . . ¡No ves? . . . Ni por curiosidá é abierto un baul. . . . ¡Pero que buena ocurrencia Dolorcitas! . . . Sentate, sentate. . . . mujer. . . .

DOL. ¡Qué misia Fortunata esta! . . . ¡Siempre tan cariñosa!

FORT. (*á Gilberta*) ¡Has visto la pilleria de tu padre y de Timoteo? . . . ¡Ni una palabra! . . . ¡Así que esto ha sido un chasco! . . .

GILB. Una sorpresa. . . .

FORT. Eso. . . . ¡Por supuesto que no será visita de médico?

GILB. ¡No faltaba más!

DOL. ¡Quien sabe! . . . Depende. . . .

FORT. ¡Bah! Dejate de eso. . . . Y si tenés algun piscoiro. . . . que te siga. . . .

DOL. (*rie*) No tengo á nadie, Señora, y ya soy vieja. . . .

FORT. ¡Vieja vos!; Te has vuelto loca, muchacha! Conque yo.... Mirá; todavía Indalecio se suele rascar atrás de la oreja cuando me emperifollo!

DOL. ¡Ya lo creo!

FORT. Ché: ¿pero te han traído leche?... ¿ó preferís un mate?

DOL. Ya nos trajeron.

FORT. Lo que yo siento es que la negra esté tan chúcará.

DOL. ¡Cómo! ¿Mamerta?

FORT. No hijita; la vaca....

DOL. ¡Ah!

FORT. ¿Y que dicen por allá?... (*Gilberta mira expresivamente á Dolores*).

DOL. Nada....

FORT. Pero no te han encargao....

DOL. ¡Ah! sí.... recuerdos.... pero como aquello anda siempre tan embarullado....

FORT. «Las Madres Libres», por supuesto, ya se habrán abierto?..

DOL. ¿Las Madres?... no lo sé.... pero me parece que las cerró el gobierno....

FORT. ¡Qué decís!

GILB. (*inquieta*) Pero mamá.... no vé Vd. que Dolores no está enterada....

FORT. ¿Que sabés vos?... (*á Dolores*). Pero eso no puede ser, hijita. ¡Qué tiene que ver el gobierno, con las cosas de las madres!....

DOL. Así es.... Para decir verdad, yo no sé, misia Fortunata, lo que ha habido....

FORT. ¡Ah! eso será, porque....

DOL. Ya la veo muy hacendosa.... en los quehaces de la casa.... eso es mejor que andar en aquellos bailoteos de gente desocupadã....

FORT. Ché, ché.... ¡Mandinga, metido á predicador!

DOL. Pero yo soy una mujer sola, sin obligaciones ni apuros.... y así mismo, practico la caridad á mi modo.... Yo no aspiro á ser «mujer célebre.» ¿No te parece Gilberta?... (*tomándole las manos*) ¿Porqué estás tan muda?

GILB. Te escucho.

FORT. ¡Ah! ¡Esta tiene un pico!.... Eras buena pa Fernandez.



DOL. (*riendo*) ¡Jesús!

GILB. ¡Mamá!... (*á Gilberta*) Querrás mudarte ¿no es verdad? ¿Porque no venis?

DOL. ¡Esto está tan lindo! Y luego no estoy cansada... un momento...

GILB. Bueno; te dejo un instante con mamá... Ya sabés... (*se pone el dedo en la boca*). Voy á ver lo que han hecho por allá adentro...

DOL. Sí; andá no más. Aquí echaremos en tanto un párrafo, con mi querida misia Fortunata (*váse Gilberta por el interior de la casa*).

ESCENA IX

Dichas, menos GILBERTA, después GABRIEL

FORT. (*viendo alejarse á Gilberta y con misterio*) Ahora que se fué ésta... ¿Que ha sido de ellos, ché?

DOL. En la sombra... ¿Si aquello era una picárdia!

FORT. ¡Quién lo diría, de Palemoncito sobre todo!... ¡Tan fino!... ¡Tan bien hablao!... ¡De tan buena familia!...

DOL. ¡Bah!...

FORT. Nó... No digás eso... ¡Mirá que tenía unas corbatas!...

(*Atraviesa Gabriel por el foro, y doña Fortunata que lo ve, le dice:*) Ché, Grabiél... ¿Qué buscas? ¿Has saludado á Dolorcitas?

GAB. (*bajando*) Sí, madrina.

DOL. (*con coquetería*) Sí; ya tuve el gusto...

FORT. De modo que yo he sido la última...

DOL. Como es la primera en mi cariño. (*Váse Gabriel hacia el interior de la casa, volviendo luego como ocupado con el equipaje de Dolores*).

FORT. ¡Zalamera!... Bueno; estoy inquieta... porque esa Gilberta no tiene expedición pa nada... Sí, hijita, no te riás... y mucho más aura que le ha dao por estar como el mirasol en la laguna... pensativa, en una pata y con el pico parriba.

Entre ella y Mamerta, son capaces de matarnos de hambre...

¿Vos estarás ya con las tripas silbando, como charabón?

DOL. (*riendo*) ¡Señora!

- FORT. Lo que es yo, el día menos pensao me como hasta los postes del corral... Así es el aire de acá... ¡muy comestible!
- DOL. Y le aprovecha, porque está Vd. brindando salud y buena moza...
- FORT. Calláte almariadora...
¡Qué diría, ché, el dotor Canalejas, que allá en Buenos Aires me visitaba todos los días, y me recetaba un monten de cosas que me daban asco y yo las echaba á la basura!
- DOL. ¡Oh! cuando encuentran *sujeto*, son muy visitadores los médicos.
- FORT. ¡Pues no decía que yo tenía diez piezas en el estómago!
- DOL. ¡Cómo! ¡Ah! ¡Sería dispepsia!...
- FORT. Pues bueno; eso... ¡Qué barbaridad!
¿Y las mellizas?
- DOL. Siempre lo mismo.
- FORT. ¡Tan divertidas las muchachas!
- DOL. Pues siguen impertérritas, vistiéndose igual, repittendo las mismas palabras, y esperando dos gemelos para casarse.
- FORT. ¡Qué ocurrencia!
- DOL. (*riendo*) ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! (*rien las dos dirijiéndose luego á Gabriel que sale en ese momento*) Así es que ya estoy instalada, gracias á su amabilidad.
- GAB. Si, señora; ya le hice bajar los baúles, y están ahí en el cuarto, al lao del de Gilberta.
- DOL. Muchas gracias.
- FORT. Así que cuando te dé gana...
- DOL. Sí, señora, ahora...
- FORT. Pues yo voy á picaniar á la negra pa que almorcemos pronto. (*A Gabriel*) Quedáte.
- DOL. Por mí, misia Fortunata, que no se altere nada...
- FORT. ¡No digas eso hijita! ¡Cómo crees que nos vamos á alterar!... voy... *ap.* (Fo deajo con el gallito de la casa... Damelé unos revuelos, porque tuavía es medio juidor.)
- DOL. (*riendo*) ¡Qué ocurrencias tiene esta señora!
- FORT. (*á Gabriel*) Acompaña á Dolores hasta que venga tu prima... Ya vuelvo... (*llamando*)

á voces) ¡Mamerta! ¡Mamerta!... (*váse por el interior de la casa*).

ESCENA X

Dichos, menos DOÑA FORTUNATA

- DOL. (*se pasea un momento por la escena, y luego encarándose repentinamente con Gabriel, le dice:*) ¡Para Vd. será una verdadera dicha encontrarse de nuevo aquí?...
- GAB. Es verdá, señora... (*toma una silla y se sienta*).
- DOL. ¡Por qué no se sienta Vd.?
- GAB. Estoy bien.
- DOL. Siéntese Vd... aquí, más cerca... ¡O me tiene Vd. miedo!...
- GAB. ¡Yo!... ¡Nó, señora! (*se sienta, retirándose cuando ella se le acerca*).
- DOL. Eso es... Parecía Vd. inquieto en la ciudad... ¡No le gusta á Vd.?
- GAB. No sé si me gusta ó nó. La ví medio á la juria y por ajuera... Después, llegamos en tan mal momento...
- DOL. ¡Ah! Sí... Muy disgustante...
- GAB. Yo soy hijo del campo. En él y en el trabajo tengo todos mis sentidos...
- DOL. ¿Todos?
- GAB. Vamos al decir...
- DOL. ¡Ah!... ¡No vé Vd.? ... Ahora estará Vd. en sus glorias, por supuesto.
- GAB. Las glorias del hombre nunca andan acolloradas con su voluntá.
- DOL. ¡Caramba! ¡Es muy profundo eso que Vd. dice!
- GAB. No sé si será projundo ó nó... Aunque puede ser que lo sea, porque yo siempre digo lo que siento muy adentro...
- DOL. Y ¿qué le falta á Vd.?
- GAB. ¡A mí?... cosas sin remedio...
- DOL. ¡Cómo!
- GAB. Sonceras mias, señora...
- DOL. (*con sentimentalismo*) Pues mire Vd. ¡aquí se podría ser muy feliz! ¡Cuántas veces,—ya se lo he dicho á Vd.—hastiada de aquella vida agitada, turbulenta, ostentosa, intranquila, de

la ciudad, no he pensado en uno de estos dulces retiros, en que podría llevar una existencia apacible... en medio de este ambiente sano y hermoso de la naturaleza!

¡Si fuese aún una jovencita!.. ¿De qué se ríe Vd.?

GAB. De nada...

DOL. Nó... digalo Vd.

GAB. De ver que se quiere hacer la viejita, por monada...

DOL. Nó, Gabriel, es que yo he sufrido mucho en los pocos años que tengo, y eso ha envejecido mi espíritu... Pero hasta para eso mismo... tengo la convicción de que al poco tiempo de vivir aquí, se operaría en mí una resurrección moral... y quién sabe si esos delicados sentimientos del corazón... naturalmente que estimulados por un afecto juvenil.... ¿Entiende Vd.?

GAB. Sí, señora.... ¡Ya lo creo!

DOL. Yo, puedo decir que no sé aún lo que es un amor verdadero, tal como lo anhelaba... y aún suelo soñarlo... Mi pobre marido era un hombre de negocios, de política. La Bolsa, los clubs, los amigos... Yo tenía muchos rivales, y aquella breve existencia, fué para mí un torbellino, que cayó de repente en un verdadero vacío.

La muerte, solucionó brutalmente una situación que se reducía en mi alma á esta eterna pregunta:

¿Es esta la felicidad?

Después, quedé como insensible... y mire Vd. una cosa que, verdaderamente, parece un prodigio: su campo de Vd., ha reavivado en mí, sensaciones y hasta anhelos que yo creía para siempre muertos.

GAB. ¿No le digo, señora? Si esto es un remedio pa todo... Hasta pa tener pasencia y conformarse.

DOL. Puede ser muy bien; pero Vd. no está en el caso de decir eso...

GAB. Quien sabe....

DOL. (*con malicia*) Mire que yo sé ciertas cosas...

GAB. ¡Mias!

DOL. De ustedes.

GAB. ¡De nosotros!

DUL. Si... ¿Y qué más quiere ella? Con un muchacho como Vd., buen mozo, trabajador, con un corazón de oro... y hasta medio poeta, según he oído...

GAB. Vd. se quiere rair de mí, señora.

DOL. Nó, Gabriel; digo lo que pienso... Diré más: —me parece que tengo el derecho de ser franca,—yo, con un hombre como Vd., y sintiéndome verdaderamente amada, me olvidaría del mundo, y me dedicaría en alma y vida, á formar el más dichoso de los hogares. Transformaría estos sitios en un edén... Facilitaría á su espíritu los medios de elevarse al nivel moral á que es merecedor un hombre inteligente y sensible; le inspiraría bríos y dedicación para el trabajo... Nuestros hijos se educarían en ideas de progreso, sin renegar de la tradición de sus padres. Todo eso sería una fuerza nueva, que irradiaría sobre todo lo que nos rodeára... ¿No le parece á Vd.?

GAB. (*entusiasmado*). ¡Si me está leyendo como en un libro, señora!

Todo eso que yo en mi rudeza no sé decir, me está saltando aquí adentro en el corazón.

¡Parece que me hubiera oído soñar!

DOL. ¡Qué lástima, Gabriel, que muchas veces, los espíritus que deberían complementarse, caminen en la tierra, desviados é ignorándose mutuamente. Aquí viene bien aquello que usted dijo, de que las glorias del hombre nunca andan acolloradas con su voluntad.

GAB. Y ansina no mas es...

DOL. ¡Tan cerca que deberíamos estar, y tan lejos que nos encontramos!

GAB. Pero ¡cómo una joven como usted, linda, rica, viva como una luz, no ha de encontrar en la ciudad... y tan luego en esta inorancia, en esta soledá, en esta miseria...

DOL. Porque yo soy una mujer cansada de la farsa eterna de las capitales... Porque aunque no lo parezca, he recibido ya heridas profundas en mi corazón. Porque no es la especulación que incita la fortuna, la posición, el nombre, lo que yo busco... Porque yo no quiero ser más el complemento de la vanidad de un hombre, sino su pasión, su ídolo, su vida!... Porque quiero que el ser a quien yo pertenezca, me lo deba todo:—Viva de mi vida, y si es posible, muera de mi muerte!...

(Gabriel se agarra del respaldo de la silla y se pasa la mano por la frente como si sintiera un vahido).

¿Qué le pasa á Vd.?...

GAB. (baluceando). Nada... nada... señora.

DOL. (con más calor). Yo puedo impúnemente decirle á Vd. estas cosas. ¿No es verdad?... Puedo sin peligro para ambos, tomarle á Vd. así las manos, y mirándole en los ojos...

(Aparece en el corredor Gilberta, y al verlos dá un pequeño grito de sorpresa).

ESCENA XI

Dichos y GILBERTA

GILB. ¡Ah!

DOL. (con naturalidad). ¿Ya estás de vuelta?

GILB. (bajando). Si... ¿Interrumpo?...

GAB. (ap.) (¡Estoy como almario!)

DOL. ¡No hija! Le estaba refiriendo á Gabriel, una escena muy graciosa, que me pasó en un baile... con un compañero muy torpe... que de balde le quería enseñar y lo empujaba... ¡Ni para atrás, ni para adelante! ¡Qué compromiso!... ¡Estás pálida! ¿tienes algo?

GILB. No... nada... no tengo nada... debilidad tal vez...

GAB. (ap. y por Gilberta) (Ni me mira siquiera) (¡Que habrá pensao!)

DOL. ¿Con que tengo ahí mi cuarto, no?

GILB. Sí; está todo listo.

DOL. De modo que podré....

GILB. Cuando gustes.... Voy á acompañarte.

- FORT. (*dentro*) ¡Dolores! ¡Dolores!
- GILB. Ahí te llama mi madre.
- DOL. Entonces voy
- GILB. Yo también (*van á irse por el interior*).
- GAB. (*enérgicamente*) ¡Gilberta!
- GILB. (*volviéndose*) ¿Qué?
- GAB. ¡Necesito hablarte!
- GILB. (*descendiendo*) ¿A mí?
- GAB. Sí; á vos.
- DOL. Bueno; yo me voy sola; no me perdere (*ap*) (Me parece que me he precipitado (*la voz de D^a Fortunata adentro*)) ¡Dolores!
- DOL. ¡Allá voy! ¡Allá voy! (*váase volviendo siempre la mirada hácia los que quedan*).

ESCENA XII

GILBERTA Y GABRIEL

- GILB. (*secamente*) ¿Qué querés?
- GAB. (*con impetu*) ¡Que ya no puedo sufrir más!
- GILB. Peor para vos Si no es más que eso
(*medio mutis*)
- GAB. (*cortándole el paso*) ¿Y te parece poco?
- GILB. ¿Porqué no se lo decís á Dolores? Ella tal vez encontraría algun remedio? . . .
- GAB. Dejame de contrapuntos y sonceras
- GILB. ¡No; si no son sonceras! Si te he visto
ó mejor dicho: los he visto ¿Crees que no sabía que esa mujer iba á venir detras de vos,
y que vos me lo ocultabas?
- GAB. ¡¡Yo!!
- GILB. ¡En resumidas cuentas, has hecho muy bien,
porque á mí, que me importa!
- GAB. ¡Mentira!
- GILB. ¡Cómo! ¿Mentira que no me importa?
- GAB. No; lo demás que has dicho
- GILB. Bueno sea A mi no me interesa
¡De todos modos, como yo no me he de casar
con vos!
- GAB. ¿Qué? Que vos no ¡Dios me valga!
Y me lo decís así como una desalmada
como una tigrá! Mira Gilberta ¡más valiera (*saca la daga*) que hubieras agarrao esta

daga, y me la hubieras clavao en el corazón!
¡Que te hecho yo pa castigarme con este dolor,
más fiero que la muerte!... Pero si ha de
haber sido jugando que has dicho eso... (*la
toma por un brazo*) ¡Repetilo!... ¿á ver? ¡Re-
petilo!...

GILB. ¡Gabriel!

GAB. ¡Decilo claro!... ¡Aura ya no me importa
nada de naides! Ese es el veneno que te han
dao allá en la ciudá, y que, como si fuera poco,
hoy tuavía esa mujer lo ha traído de nuevo, pa
que lo bebamos todos, y se haga una tapera de
nuestra casa y un cementerio de nuestro ca-
riño! ¡Me has arrancao la última luz que me
quedaba, y ciego me arrempujás pa'l desierto!
¡Dá cuenta á Dios de lo que has hecho de todos!

GILB. ¡Gabriel!

GAB. ¡Adios!...

GILB. ¿A dónde vas?

GAB. Dejáme.

GILB. No señor... no...

GAB. Soltáme, te digo.

GILB. ¡No!

GAB. Pero...

GILB. Quiero saber. (*Aparece por el interior doña For-
tunata y al ver á Gabriel con la daga desnuda y
como amenazando á Gilberta da un grito.*)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, D^a. FORTUNATA y luego los demás actores
como lo marcará su intervención en esta escena

FORT. ¡Ah! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me matan á mi hija!

FELIC. (*foro*) ¡Cómo!

TIMOT. (*id*) ¡Muchacho!

MAM. ¡Qué es esto! (*salen paisanos y paisanas..con sus
hijos*).

SANT. ¡Canastus!

FORT. ¡Jesús! (*hablan y gesticulan todos á la vez*).

TIM. ¡Silencio! ¡Traiga pacá ese cuchillo!
(*Gilberta se lo arrebata*).

IND. Qué ibas á hacer muchacho... ¿Estás loco?...

FORT. ¡La quería matar!... (*murmullos*)

- GILB. ¡Eh! ¡Basta!... ¡No es cierto!...
- FORT. ¡Cómo! ¿No te amagaba?
- GILB. No.
- IND. ¿Y entónces?
- GILB. ¡Me declaraba su amor!... (*risas y murmullos de todos*).
- FORT. ¿Con el cuchillo?... ¡Pa los pavos!
- GILB. Si señora... Pues como yo no le creía ó me hacía la que... no teniendo un crucifijo, me lo juraba sobre esta cruz (*por la empuñadura*),
- TODOS ¡Ah!
- IND. ¡Ché! Eso lo he visto en los títeres (*rien todos*).
- GILB. Sea como sea, yo acepto su juramento.
- GAB. ¡Gilberta!...
- GILB. Y... pero decíselos vos ¡pavo!
- GAB. ¿Pero será endeveras?
(*se dirige á los padres de Gilberta para explicarles sus propósitos y pedirles la mano de ésta. Don Indalecio lo interrumpe alegremente*).
- IND. ¡Si, sí, hombre! ¡Si todos estábamos más enteraos que vos! (*los abrazan y los rodean todos*).
- DOL. (*con gran aplomo*) Bien se lo decía yo; pero no me quería creer... Tenía tal seguridad, que hice este viaje exprofeso, para encontrarme en la boda.
- IND. ¡Gaucha la viudita! (*á los paisanos*) ¡Muchachos! Esta noche bailoteo y jarana, y mañana al pueblo pa casarlos.
- TOD. ¡Vivan los novios! ¡Viva el patrón don Grabiell!
¡Viva la patroncita! (*Gabriel abraza á todos loco de alegría*).
- GILB. (*tomá dos paisanitos niños, por las manos, y se adelanta hasta la batería*). ¡Gracias! ¡Muchas gracias!... Nos unimos, no tan solamente por nuestro amor, sino por el de ustedes, representado en estos niños, que son el porvenir. Esta es la verdadera caridad. Yo los educaré; él los enseñará á trabajar...
- IND. (*con entusiasmo*) Y ansina es que haremos patria! (*Vivas y aplausos de todos*). TELÓN.